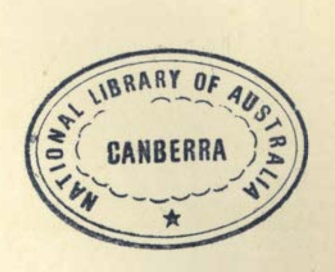
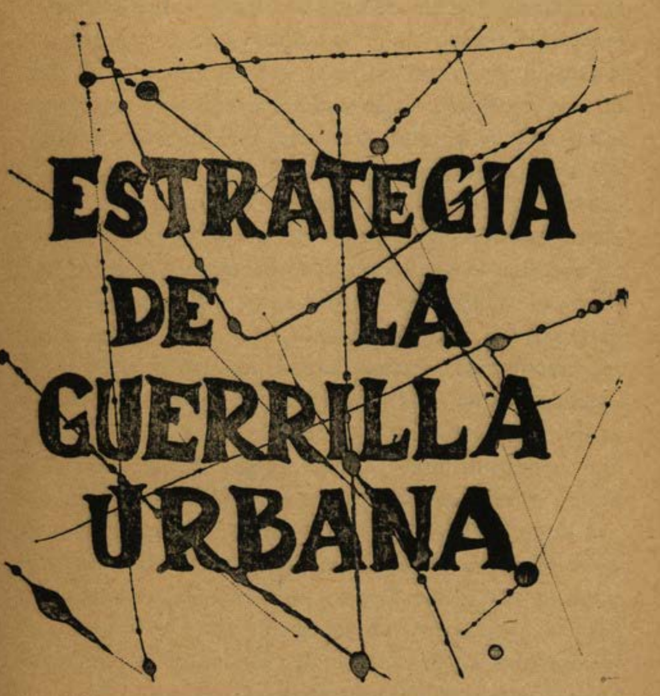


STRATEGIA DE LA GUERRILLA URBANA

abraham guillen



ABRAHAM GUILLEN



Manuales del Pueblo
Montevideo
1966

INTRODUCCION

La estrategia dispone actualmente de más medios que la "diplomacia de la cañonera"; la propaganda orquestada por medio de las agencias noticiosas de prensa (subsidiadas por los gobiernos de las grandes potencias a que pertenecen); las seriales de televisión, con vistas a lograr una política de prestigio de determinada potencia para distraer a las masas de sus objetivos políticos de clase; la oferta de capitales (inversiones directas), créditos o empréstitos (siempre que el país que los reciba se entregue al imperialismo económico; el chantaje nuclear (para las naciones liberadas del imperialismo económico); en fin, la guerra convencional (desembarco de los "marines") contra los países subdesarrollados que denuncien el "pacto colonial". Se diría, pues, que la estrategia tiende a desmilitarizarse haciéndose singularmente política y económica. Si se logra un tratado de comercio y "concesiones" en la explotación de las riquezas naturales, por medio de la colonización financiera, en los países del "Tercer Mundo", no hay entonces necesidad de recurrir a la "diplomacia de la cañonera". Se explota así la vulnerabilidad económica de los países neo-coloniales, para someterlos a la dictadura del capital extranjero con la colaboración de las oligarquías y de las burguesías indígenas, que hacen la política del "cabestro" con sus respectivos pueblos, entregándolos maniatados a la

explotación del imperialismo "invisible" de los préstamos y de la exploración neo-colonial.

Un mundo a la escala planetaria, con energía atómica y proyectiles balísticos intercontinentales, con una economía mundial, con un mercado internacional dominando a los mercados nacionales, con guerras a la escala universal en la primera mitad del siglo XX, con doctrinas políticas universalistas, es un mundo demasiado pequeño: la mundialidad es el signo y el destino de nuestro tiempo. Las guerras capitalistas y la revolución socialista se han hecho también universales. La victoria militar clásica, en una nación o en un pequeño espacio, con la sola intervención de los factores antagónicos internos, es ya difícil, como lo demuestran las guerras limitadas, marginales o revolucionarias, en Vietnam del Norte y del Sur, Laos, Angola, República Dominicana, etc. El imperialismo emplea una estrategia mundial, particularmente el imperialismo del dólar, mientras que los soviéticos se han recluído en una política de aislamiento, de neutralidad efectiva y de ofensiva verbal. El Kremlin tiene miedo a perder "su paz", si apoya con voluntarios y armas estratégicas la política revolucionaria en Cuba o en Vietnam. En cambio, el Pentágono bombardea, sin previa declaración de guerra, el Vietnam del Norte, a fin de que éste obligue a los guerrilleros del Vietnam del Sur a desarmarse, sin condiciones, según los deseos de la diplomacia y la estrategia del imperialismo yanqui.

Frente a la estrategia global del Pentágono, el Kremlin se ha atrincherado en un aislamiento nacional y en la "coexistencia pacífica" de los partidos comunistas

pro-soviéticos con el imperialismo, aunque éste invada a Cuba, Santo Domingo o bombardee el Vietnam del Norte. La neutralidad -la política de coexistencia pacífica en América Latina- mientras se "cerca" a Cuba y se "invade" la República Dominicana, es una política de "entrega", que permite victorias fáciles al imperialismo como invasor y a las oligarquías nativas dar "golpes de Estado", para asesinar la democracia, mientras hablan de "libertad" y de anticomunismo. Llega, pues, la hora en que las ideas que no se arman son aplastadas, no triunfan nunca. ¿Hasta cuándo la pasividad entreguista de la dirección política seudo-revolucionaria va a facilitar la neo-colonización extranjera y las dictaduras pretorianas?

La estrategia es un medio para la política, no sólo para la política internacional de las naciones o de los bloques de países imperialistas, sino también para la política de clase como arma revolucionaria, como acción coherente de las masas populares contra sus explotadores y opresores del frente interno (oligarquías aliadas al imperialismo) y contra las "presiones externas", tendientes a reforzar el frente interno de la auto-colonización consorciada por el militarismo, el entreguismo y el imperialismo. Si un dirigente popular de nuestro tiempo no sabe nada de estrategia, si no sabe pasar de una forma de saber subjetivo revolucionario a una forma de poder objetivo popular, si no sabe responder a la violencia pretoriana con la violencia de las masas populares, no es digno de ser político ni dirigente de masas.

Hay que dominar la estrategia mejor que los genera-

les porque ella se ha convertido en el mejor medio para la revolución. En esta época de transición entre el capitalismo y el socialismo, entre la libertad y el miedo, entre lo que cae y lo que viene, hay que ser un hombre de acción para ser digno de la conducción de las masas populares, colocadas contra la pared por los pretorianos y el imperialismo. Con una buena estrategia revolucionaria no hay que temer a las fuerzas armadas regulares. Para vencer en una guerra revolucionaria no es necesario destruir militarmente a las fuerzas adversarias, es decir, a las unidades reaccionarias regulares, hay que ganar la población por parte de la guerrilla de la ciudad y del campo. En la estrategia de la guerra prolongada gana siempre el bando que tiene más moral, mejor política y más capacidad de duración. Frente a las grandes unidades represivas convencionales, el pueblo –una pequeña minoría armada– debe actuar en función de producir acontecimientos político-militares que hagan, poco a poco, reaccionar al pueblo como ejército, como pueblo en armas, frente al cual ni el imperialismo ni los pretorianos unidos pueden ganar la guerra. Cuando una minoría armada tiene un buen programa insurreccional derivado de la lucha contra dictaduras militaristas, siempre logra que el pueblo se convierta en el sujeto de la historia, a fin de que la minoría armada inicial se convierta finalmente en una gran mayoría, en el partido más numeroso y popular. Si las oligarquías y las dictaduras pretorianas se quieren perpetuar en el Poder por medios antidemocráticos, el ejército de liberación popular tendrá todas las de ganar, frente a tales minorías de-

testadas por la mayoría del pueblo.

Cuando los partidos políticos son disueltos, las constituciones abolidas, los derechos populares pisoteados, las cárceles llenadas de presos políticos, las cooperativas perseguidas, los sindicatos intervenidos y las autoridades civiles sustituídas por militares, es evidente que una minoría audaz puede derrocar tales tiranías, siempre que con una estrategia de guerra revolucionaria móvil, aquí y allá, descomponga todo el aparato represivo del Poder Dictatorial. Si un pueblo tiene necesidad de liberarse de una dictadura, toda la estrategia tendrá entonces su fuente y sus determinantes en la política revolucionaria. La guerra, la violencia en la historia, es el producto de la lucha entre las naciones y entre las clases. Y para merecer la victoria en una Revolución o en una guerra, hay que conocer los principios de la estrategia, con la diferencia de que en la guerra capitalista suelen ir separadas la política y la estrategia, mientras que en la guerra revolucionaria van juntas, lo cual es una ventaja para la acción coherente de las masas populares, insurreccionadas contra sus explotadores.

El régimen burgués ha degradado los valores humanos. Al separar los poderes creó el poder omnímodo del Ejército: una corporación armada que se cree la encarnación del Estado mismo. En la Antigüedad y en la Edad Media, el poder político y el poder militar iban casi siempre juntos: César, Alejandro el Magno, Aníbal, Temístocles, los príncipes feudales, reunieron

en sus personas la política y la estrategia. Al comienzo de la sociedad capitalista, las monarquías absolutas y luego los ejércitos de las revoluciones reunieron en las personas de Luis XIV, Federico II, Cromwell o Napoleón el poder político y el poder militar. En la actualidad, particularmente en América Latina, el Poder político, cuando surge del sufragio universal, se encarna en mediocridades o entelequias burguesas o pequeño-burguesas, que no resisten al "golpe de Estado" de los pretorianos. Así las cosas, los generales dan más presidentes que las elecciones. La estratocracia toma el poder a la democracia por teléfono, como en el caso del "golpe de palacio", en 1966, contra el presidente Illia.

¿Cómo es posible que el poder militar, luego de la caída de Illia, disolviera 200 partidos políticos, sin que hubiera ni el más leve intento de guerra civil, casi sin resistencia, como si el pueblo fuera una masa informe sin conciencia política, sin vigor ciudadano? Esta pasividad de animales domésticos se explica por el hecho de que los comunistas son "coexistentes" y pequeño-burgueses, los socialistas de terciopelo, la burguesía radical indiferente a la democracia parlamentaria, los sindicatos obreros sin conciencia de clase, los estudiantes con alma de seminaristas y la gran masa popular despolitizada y sin conductores revolucionarios que tengan un sentimiento heroico de la vida. Los "golpes de Estado", en América Latina indican que el dirigente de masas tiene que estudiar la estrategia como el único medio para hacer la política. De lo contrario, volver a la esclavitud política a todo un

continente oprimido y explotado por el militarismo, el feudalismo residual, el imperialismo y un capitalismo nacional raquítico, que hace de socio menor del imperialismo.

Hay que estudiar más a Clausewitz que a los teóricos de la democracia parlamentaria, si los dirigentes populares aspiran a merecer el Poder revolucionario, sin que la "espada de Damocles" de los pretorianos esté suspendida siempre sobre sus cabezas. El imperialismo y el pretorianismo se han conjugado en el mismo frente para impedir las revoluciones democráticas en América Latina, como lo demuestra la liquidación "manu militari" de tantos presidentes constitucionales latinoamericanos. Los dirigentes sindicales y políticos, estudiantiles, juveniles, las masas populares de la ciudad y del campo, tienen que transformarse en ejército de liberación, para derrocar a los tiranos del Poder. Debemos estudiar a fondo a los grandes teóricos de la guerra revolucionaria, ya que los militares profesionales combaten en formaciones cerradas, empleando tácticas convencionales y políticas que se oponen a las aspiraciones y las ideas de las masas; pero poco eficientes contra la estrategia de la guerra revolucionaria o del pueblo en armas.

El imperialismo y la burocracia soviética se han comprometido a mantener un "statu quo" en el mundo, es decir, hacer un reparto del mundo en "zonas de influencia". Las oligarquías latinoamericanas, por su parte, también quieren congelar la historia en un "statu quo" favorable al mantenimiento de los latifundios y de los monopolios del capital extranjero.

En Norteamérica, el racismo comienza a revestir formas de guerra revolucionaria, y el movimiento estudiantil se manifiesta contra la guerra de los "trusts" yanquis, en los países afro-asiáticos y latinoamericanos.

Europa, luego de la expansión económica bajo la CEE y la EFTA, comienza a entrar en una profunda tendencia hacia la crisis económica y la crisis política. El nacionalismo burgués es incapaz de superar, realmente, el marco nacional económico. Las diferencias entre Francia y Alemania, entre Inglaterra y Francia, por no citar otros problemas discordantes, indican que Europa vuelve a retomar sus luchas nacionales y de clases, para desembocar en una revolución socialista auténtica; único medio de hacer la unidad supranacional a la escala continental o universal, cosa que no puede realizar ni el capitalismo privado ni el capitalismo de Estado, ni bajo la CEE, ni bajo el COMECON.

En las guerras de descolonización ("Tercer Mundo") y en las guerras entre la clase obrera y las burguesías (países industrializados), los dirigentes revolucionarios tienen que conocer la ciencia de la acción; la estrategia de la guerra revolucionaria, sin cuya preparación los movimientos de liberación no cuentan con una praxeología unificadora de la política, la diplomacia, la movilización insurreccional de las masas, la doctrina de guerra, los objetivos escalonados de la Revolución, la economía de guerra, la combinación de las operaciones (en el frente y en la retaguardia del enemigo) y, en fin, la articulación de la guerra por líneas interiores y exteriores, para dejar al adversario siempre en posición de inferioridad en un punto del frente,

pero sin perseguir ese objetivo en todo él, al menos en el comienzo de la guerra revolucionaria, en cualquier país.

Frente a la propaganda imperialista consorciada, el chantaje nuclear, la oferta de capitales o el bloqueo económico, hay que emplear contra un posible enemigo exterior, apoyado por la reacción del frente interior, una estrategia fluida de guerra revolucionaria. El pueblo insurreccionado no debe atemorizarse frente a las armas pesadas (tanques, cañones, aviones, acorazados, portaaviones, etc.), si sabe moverse, en tiempo y espacio, no presentando batallas de gran duración, sino combates a decisión muy breve, para equiparse en armamentos a expensas del enemigo. Para hacer una Revolución no es lo más importante contar con armas, sino con hombres preparados política y estratégicamente, ya que lo más decisivo, en la guerra, no es el material sino la moral, es decir, estar en posesión de una estrategia que permita llevar siempre la iniciativa delas operaciones al pueblo insurreccionado. Si el pensamiento revolucionario está racionalmente preparado para la acción, las armas vienen solas: se las toma al adversario, a partir de pequeños y progresivos combates o golpes sorpresivos, donde éste esté aislado o confiado, con lo cual el ejército del pueblo irá creciendo y el ejército reaccionario decreciendo, imprimiendo ello una dialéctica favorable para las armas populares.

No hay que cometer nunca el error de volcar todas las fuerzas populares en la gran batalla de línea (cuando no se tiene aviación, artillería pesada, blindados y

abundantes medios de transporte); hay, por el contrario, que ganar muchas y pequeñas victorias, logradas en combates brevísimos dados con superioridad de número y de fuego, en terreno y población favorables. Y a medida que el ejército popular crezca, se pueden liberar algunas zonas de alta montaña cubierta de bosques; pero, en lo fundamental, se deberá meter hacia la retaguardia enemiga una profusa guerrilla que descomponga las comunicaciones del adversario y hunda todo su sistema de policía, su economía, su administración, su política de orden por la fuerza. Las batallas más importantes de la guerra revolucionaria no tienen lugar en la vanguardia, frente al enemigo, sino en la retaguardia de éste, para hacer que la población se torne favorable para el ejército popular y desfavorable para el ejército reaccionario.

Si los anarco-sindicalistas españoles, en la Revolución Española de 1936/39, hubieran metido gran parte de su fuerza armada en la región de Andalucía, donde los jornaleros eran libertarios, en su gran mayoría, hubieran creado un poderoso ejército a espaldas del ejército franquista, en terreno y población que les era favorable. Con esta estrategia habría podido la C.N.T. quedarse con todo el Poder, cuando llegaron los días críticos del movimiento de mayo en Cataluña, en 1937, o, en el peor de los casos, perdida la guerra en la zona republicana, los anarquistas podían haberla continuado en el Sur (Andalucía), bajo la forma de guerra revolucionaria, sin frentes contínuos. Como la segunda guerra mundial estalló unos meses después de terminar la guerra civil en España, es evidente que los

aliados hubieran ayudado a las posibles guerrillas españolas, por más anarquistas que ellas pudieran ser. Si los aliados apoyaron a los guerrilleros yugoslavos contra las divisiones alemanas, también habrían dado cobertura logística y política a los guerrilleros españoles; ya que Franco, para exterminarlos, quizá hubiera recurrido a entrar en la guerra al lado de Hitler y Mussolini.

Lo fundamental en la estrategia revolucionaria es concentrar y desconcentrar fuerzas, lo más rápidamente posible, con largas marchas y combates nocturnos (la noche protege más que el blindaje); atacar siempre de fuerte a débil: 5 a 1, para que el combate termine rápido; tener una doctrina táctica flexible que permita pasar de la defensiva elástica a la ofensiva, en el lugar y tiempo deseados; dispersarse frente a un enemigo muy concentrado; pero atacarlo, indirectamente, en su retaguardia o en el lugar donde sea más débil; no librar la guerra en los frentes principales, sino más bien en sus teatros secundarios, donde es más fácil la victoria y con ello se gana moral y prestigio; en fin, darse cuenta de que el mando debe pasar de los generales a los revolucionarios, poniendo al pueblo en armas por todas partes. Tal es el secreto de la estrategia de la guerra revolucionaria: hacer siempre lo contrario que haga o hiciere el enemigo.

CAPITULO I

DESCOLONIZACION Y ESTRATEGIA NUCLEAR

Autodeterminación y guerras marginales

La mitología política, cuando está en contradicción con la lógica de los hechos y el desarrollo de las fuerzas históricas, no resiste a la usura del tiempo. En el Este, se manejan mitos como el Tratado de Varsovia y el COMECON (Mercado Común de Rusia y los países centroeuropeos), en el Oeste, la OTAN y la OCED (Comunidad económica atlántica) no pasan de ser siglas, más que auténticas comunidades supranacionales. Estos valores tienen vigencia mientras la historia no los deteriora, en función del progreso de las técnicas y de la economía humana.

Rumania y Yugoslavia, Albania y China, comienzan a estar tan lejos de la URSS como Francia, Indonesia, Egipto y Cuba de los Estados Unidos. Las naciones no tienen conductas, sino intereses económicos y estratégicos que constituyen sus políticas y sus diplomacias.

Hay quienes expresan, contra la política y la estrategia anti-yanqui de Francia, que la "Europa atlántica" no puede marchar sin la alianza con América del Norte. Prestigiosos filósofos, políticos y escritores estiman que Europa occidental y Estados Unidos tienen el mismo amor a la libertad, al individuo, a los derechos del hombre y al concepto de bien y mal, es decir,

que ambas comunidades pertenecen a la misma civilización humanista y cristiana, sin olvidar el mismo respeto por la política de esencia burguesa: democracia representativa y culto del régimen económico de libre empresa.

En otro polo, según los propulsores de la "alianza atlántica" y de la "fuerza multinacional atómica", figuran Rusia y China, que son enemigos del capitalismo bajo diferentes formas. A su vez, Indonesia, Egipto, el mundo árabe y parte de Africa se han desprendido del marco económico y estratégico de la OTAN. En estas condiciones, sería aventurado para burgueses de todo tipo, que Francia lleve adelante su política de "Europa para los europeos" y "América para los americanos". Tal sería el criterio de una buena parte de la intelectualidad y de la gran burguesía francesas, pero el General de Gaulle no parece compartir esa mitología política.

Frente a la tesis de que Francia no podría defender a Europa, si se van los norteamericanos de ella, cosa que parece no aceptar la Alemania occidental, el gaullismo estima que en la era nuclear y de la descolonización afro-asiática ya no rige la correlación de fuerzas en presencia que había hace veinte años, cuando se concretó la Alianza Atlántica (OTAN). Una vez que la URSS tiene una vasta reserva de armamentos atómicos, disponiendo de proyectiles para llevar sus cargas nucleares hasta Norteamérica, es evidente que Washington no arriesgaría ser destruído por proyectiles soviéticos por defender la unidad alemana, por hacer presión en Berlín, a fin de que los soviéticos retornen

a sus bases de partida de 1939. Así las cosas, el "statu quo" de poder nuclear entre Rusia y Estados Unidos hace inoperacional la Alianza Atlántica. Ni siquiera el anticomunismo mercantil yanqui ha sobrevivido a la dialéctica de la historia. La dialéctica no acepta la historia como una fatalidad, a la cual habría que someterse con un ciego determinismo, sino que estima que la historia es favorable o desfavorable al hombre de Estado, si sabe o no interpretarla objetivamente. El hombre dialéctico tiene conciencia de la descolonización afro-asiática como fuerza política incontenible; presiente el debilitamiento de la república del dólar en América Latina; considera que China influye en Rusia creándole un frente más tenso y peligroso que Europa; está convencido de que Europa no necesita a Estados Unidos como potencia protectora que disimula así una penetración económica neo-colonial en forma de inversiones y de absorción de los mercados del Viejo Mundo.

Estratégicamente, y esto sería lo más importante del pensamiento dialéctico, se da cuenta que las cosas han cambiado radicalmente respecto de 1945, cuando Estados Unidos era la única potencia atómica mundial. Actualmente, la descolonización inmoviliza a Estados Unidos en varios puntos críticos (Sudeste asiático, Africa, América Latina). Como van apareciendo otras potencias nucleares que Rusia, Inglaterra y Estados Unidos, la balanza del poder mundial está cambiando constantemente. El saber estratégico considera que el absoluto de la soberanía nacional estaría ahora dado por la posesión de un poder de disuación nuclear, lo

cual es un fenómeno de los ejércitos atómicos, cosa que no regía en la época del imperialismo metalúrgico, del acero, el carbón y el petróleo.

Cualquier pequeña potencia que llegue a la producción de armamentos nucleares puede garantizar su plena soberanía en esta hora del mundo. Ello no era posible en la época de la pólvora. En este sentido, la consigna sensiblera de no poner más dedos en el "gatillo atómico", o de "internacionalización de la bomba atómica", encubre un monopolio de poder absoluto a favor de los anglosajones y los soviéticos. Hay que tener plena conciencia de su siglo, de la estrategia y de la política de su época, mientras que los socialistas y los revisionistas de derecha vivirían fuera de la época de la guerra revolucionaria. Con la protección de sus propias armas nucleares, ningún país necesita la tutela de una superpotencia, ya sea del Este o del Oeste, pues la "protección supranacional" es en realidad una forma sutil de imperialismo.

Coexistencia pacífica y estrategia nuclear

La misión de las fuerzas militares de las grandes potencias reside en evitar la guerra a la escala nuclear, absorber una buena parte de los presupuestos nacionales para mantener la economía de escasez capitalista y reprimir los movimientos insurreccionales en los países industrializados y en los países subdesarrollados, mientras la URSS se deja seducir por la coexistencia pacífica con el imperialismo.

La guerra atómica significa la destrucción de las grandes ciudades y de las grandes unidades (cuerpos de

ejército, divisiones, brigadas). Como la Unión Soviética tiene ciudades populosas y un ejército regular exactamente como Estados Unidos u otros países industrializados, la coexistencia rige debido a que una victoria militar nacional es imposible, sin destrucción recíproca; pero ello no impide las guerras revolucionarias.

Raymond Aron y Lindert Hart, dos estrategas de nuestra época, consideran que la guerra total, a la escala nuclear. supone la destrucción total entre los posibles contendientes. En este sentido, podría afirmarse que entre dos potencias de igual poderío nuclear el resultado de su fuerza es igual a cero. Diríamos, por consiguiente. que todas las cosas en el devenir dialéctico tienden a convertirse en sus contrarios: el superpoder, en debilidad recíproca; y el arma nuclear (arma absoluta, según ciertas definiciones subjetivas) en arma nula. Así las cosas, el arma omnímoda se ha transformado en un factor de paz por medio del terror atómico, como poder de disuasión entre potencias atómicas. Pero la guerra revolucionaria puede hacerse para superar la congelación de las fuerzas históricas entre el Kremlin y el Pentágono.

La filosofía del terror atómico, que se presenta como un absoluto hegeliano, es una verdad a medias sólo válida para países que cuenten con grandes ciudades y grandes unidades militares, que hagan la guerra con generales y mariscales. Pues estos jefes sólo pueden ser empleados contra movimientos de liberación o contra movimientos insurreccionales, en la órbita occidental, que pueden producirse en lo futuro.

de llegar una gran depresión económica como la de 1929 a 1933, que está a la vista.

A la escala de las armas nucleares, la estrategia con generales, mariscales, grandes ciudades y unidades, es una estrategia impensable. Sin embargo, las guerras marginales pequeñas o de liberación, como se las denomina, se están produciendo a lo largo de posguerra, sin que las grandes potencias nucleares puedan impedirlas. Francia, a pesar de su poderío, ha perdido las guerras de Indochina y Argelia. Estados Unidos no ha ganado la guerra de Corea. Los acorazados, portaviones, aviones blindados y otras armas se muestran ineficaces para resolver la guerra de Vietnam del Sur, Laos, Borneo, el Congo, Angola y otras partes del mundo.

Estos conflictos marginales dirigen, en cierto modo, la política internacional. Las grandes potencias están detrás de los acontecimientos producidos por las pequeñas potencias. ¿Qué significa esta dialéctica? Simplemente que las potencias nucleares tienen que intervenir en los acontecimientos que puedan arrastrarlas a una guerra entre ellas. Luego, en buena lógica, las grandes naciones, con su ostentación de poderío nuclear, que es una fuerza de inercia entre ellas, han dejado de dirigir la política internacional, a la manera como lo hacían antes de entrar en liza las armas atómicas.

La bomba de Hiroshima produjo una potencia de destrucción igual al estallido de 20.000 toneladas de T.N.T. La bomba de hidrógeno tiene un poder de 20.000.000 de toneladas de T.N.T. Se dice que el

empleo de 50 bombas de este tipo podría paralizar la actividad industrial y la voluntad de combatir, en una nación como Estados Unidos o la Unión Soviética. En caso de bombardeo termonuclear, con 50 a 100 bombas de hidrógeno, estos países tendrían inmediatamente una catástrofe, luego de la hora 6 posterior al bombardeo nuclear. Al quedar destruídas las ciudades parcialmente, las poblaciones, que no perecieran, se irían a los campos, creando unos 40 millones de refugiados en Estados Unidos o en la Unión Soviética. Así pues, la guerra nuclear se pierde en las retaguardias más que en los frentes. Por consiguiente, la coexistencia entre los grandes es obligada, pero entrega las riendas de la historia a los países pequeños, es decir, a quien cuente con la dirección de las masas populares. Una vez más el hombre es más decisivo que la técnica: la técnica es un factor pasivo, el hombre es un sujeto activo.

Frente a las armas nucleares, la guerra política, en base a pequeñas unidades dispersas, pero conectadas entre sí, demuestra ser una posición más fuerte, más de acuerdo con el futuro del hombre y con el sentido de la historia. Pues no se puede emplear una bomba, que cuesta muchos millones de dólares, para matar a un grupito disperso, sería tanto como pretender exterminar a las hormigas con proyectiles de 15. 5. Un movimiento humano de descontento, cuando aflora por todas partes en forma de rebelión, no puede ser vencido ni contenido por las grandes potencias.

En consecuencia, la historia no puede ser congelada con armas de 100 megatones ni con bombas de mayor

potencia. La Unión Soviética y los anglosajones intentan detener el curso de la historia por medio de la coexistencia basada en un nuevo "statu quo": capitalismo de Estado en Oriente; capitalismo privado en Occidente. Ni lo uno ni lo otro tiene perdurabilidad en nuestra época. Tanto el Este como el Oeste están en transición, por más que los comunistas revisionistas crean que el régimen soviético es un modo de vida definitivo.

El gran conflicto de nuestro mundo viene hacia el Occidente. Aquí las crisis económicas, las huelgas, la desocupación, la revolución en el agro, la crisis de nacionalidades, los grandes monopolios, la lucha entre los bloques de países, crearán las condiciones, históricamente, para una dialéctica de la historia más creadora, más espontánea, que en la Unión Soviética, donde el Partido Comunista se presenta como la Iglesia, el secretario del partido como un Papa y el Estado como un Absoluto (omnipotente y omnipresente), ante el cual el hombre es menos, como criatura, que delante de los dioses de las religiones estéticas,

Las armas nucleares —como un freno entre las potencias— no pueden detener los acontecimientos revolucionarios en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, ni posteriormente los detendrán en la Europa capitalista y en los Estados Unidos (epicentro del capitalismo imperialista). El "Club Atómico" de Moscú, entre anglosajones y soviéticos, no podrá mantener el "statu quo" entre capitalismo de Estado (en Oriente) y el capitalismo privado (en Occidente). Entre el Este y el Oeste hay una relación dialéctica de dos polos contradictorios; lo que pase en uno afecta al otro; ha-

brá, pues, desarrollo desigual entre esos dos mundos. y como tal, imposibilidad de "statu quo", a pesar del idealismo voluntarista de los revisionistas soviéticos.

La estrategia de efecto indirecto

China comunista es la mayor potencia asiática. Es difícil para la URSS, los EE.UU. y Gran Bretaña hacer la paz en Laos, Vietnam del Sur, Borneo, Arabia y otras regiones sin tener en cuenta a China. La política internacional norteamericana, en Asia oriental y sud-oriental, daría la sensación de encontrarse en un callejón sin salida, mientras Washington siga creyendo que Formosa es China. Tal es el criterio de expertos diplomáticos y estrategas vinculados a la estrategia atlántica global.

Francia abrió sus relaciones internacionales con China, no para favorecer la expansión del comunismo en Asia, sino para limitarlo en el Sudeste asiático, mediante una oportuna y urgente neutralización de la península indochina, pero Estados Unidos se opone a esa política francesa. Inglaterra comparte la estrategia del Pentágono en Laos y Vietnam del Sur, porque cuenta con los generales yanquis contra los guerrilleros indonesios que operan en Borneo. Pero en el fondo, Inglaterra está de acuerdo con Francia para neutralizar la península indochina, a fin de evitar una posible guerra con la China continental, que dramatizaría revolucionariamente, en todo el mundo, la lucha de clases

Pasaron los tiempos en que llamando a las puertas del Kremlin, hablando un lenguaje dramático. se podía hacer la paz de Ginebra de 1954, luego de la de-

rrota francesa de Diem-Bien-Phu. En ese año, y en esa plaza, habían sido exterminados los batallones de paracaidistas franceses. Indochina quedaba a merced de los guerrilleros de Ho-Chi-Minh. Sólo un acuerdo político y diplomático podía evitar una victoria total del Viet-Minh, según confesiones del general Navarre, alto comandante francés, por aquel entonces, en Indochina. Moscú presionó, con su influencia económica e ideológica, en Pekín y Hanoi para hacer la paz de Ginebra de 1954, que no firmó Estados Unidos a título de potencia garante del nuevo "statu quo". Actualmente la lucha ideológica entre Pekín y Moscú demuestra que los soviéticos ya no pueden hacer la paz en Indochina mediante presiones políticas, psicológicas, en China. La URSS ha dejado de ser una potencia ideológica, sólo le queda como factor de poder mundial su ejército y su economía, exactamente como a Estados Unidos. De ahí la impotencia de los soviéticos en el Sudeste de Asia. Ahora la guerra y la paz dependen de las iniciativas del Pentágono y de las posibles respuestas de Pekín, Hanoi y el Frente de Liberación de Vietnam del Sur.

La Francia, en 1966, no olvida que los norteamericanos fueron partidarios de negociar la paz en Indochina, luego de la derrota francesa de Diem-Bien-Phu, en 1954, y que se mostraron contrarios a lanzar la bomba atómica para resolver esos problemas estratégicos. Cuando la crisis de Suez (1956), Washington llamó a la moderación a los franco-británicos que habían desembarcado en Egipto, y advirtió que si la URSS intervenía a favor de Nasser, en tal caso no contaran con

cobertura atómica. Si la crisis del Caribe de 1962, entre la URSS y EE.UU. se hubiera dramatizado, París hubiera sido discreto tomando una actitud como la de Washington en el caso de Suez. Ahora Francia no quiere ser arrastrada a una guerra con Oriente porque Washington quiera imperar en todo el Occidente.

Francia desenvuelve su potencia nuclear. Para el año 1966 piensa contar con 36 escuadrillas "Mirage IV," capaces de transportar la bomba atómica a doble velocidad del sonido. Con ello contaría Francia con una fuerza atómica de represalia o de disuasión contra otra potencia nuclear. Ahí comenzaría el gran papel internacional de Francia, en la política mundial, tanto frente a Moscú como a Washington. Entretanto, París quiere salvar la paz precaria en el Sudeste asiático. Pero esa paz depende más de Pekín que de Washington y Moscú.

París ofrecerá a Pekín equipos industriales, productos agrícolas y créditos comerciales a largo plazo, si accede a no dramatizar la situación en Laos y Vietnam del Sur, donde, según Eisenhower, "Estados Unidos estaría entre una paz difícil y una guerra imposible de ganar".

El Sudeste asiático es un campo de "guerra insidiosa entre las grandes potencias", un campo de maniobra para la estrategia indirecta, un banco de prueba diaria para los norteamericanos. Si el Pentágono pierde el tacto y se vuelca plenamente en el Vietnam, las divisiones de voluntarios chinos estarían inmediatamente, en el campo de batalla. Estados Unidos no contaría, en este caso, con una coalición de potencias

de la OTAN o bajo el signo de las Naciones Unidas, como en Corea, en 1950. Una imprudencia norteamericana puede producir una guerra grande en indochina, para la cual Estados Unidos no tiene infantería, exponiéndose a perderla en unos meses o unos días, a menos que no empleara la "disuación nuclear" contra China comunista. Esto sería más peligroso todavía, pues el revisionismo soviético podría ser entonces liquidado por la fracción pro-china del ejército y del Partido en la URSS.

CAPITULO II

AMERICA LATINA: COMMONWEALTH DE LOS ESTADOS UNIDOS

Estrategia continental y unidad de acción contra el neo-colonialismo

La estrategia, para que sea sublime, tiene que ser desmilitarizada: las burocracias militares difícilmente llegan a un saber estratégico coherente, por la sencilla razón de que las jerarquías, sean de la clase que fueren, no tienen ideologías o políticas concretas, sino sólo jerarquía o culto de ella, incluso este proceso se da ya en ciertos ejércitos de los países del Este.

Clausewitz, con un lenguaje entre kantiano y hegeliano, expresaba, tocando los sutiles problemas de la estrategia: hay que pasar de una forma de saber subjetivo a una forma de poder objetivo, es decir, que, en el arte de la guerra, el saber tiene que tener el poder. En una guerra revolucionaria, para la conducción por grados de avance en la lucha de clases, en función de la ley de la cantidad que cambia la calidad y vice versa, el saber estratégico, la política de guerra, tiene que estar concentrado en un mando único supremo, que armonice, coordine y unifique la guerra y la política. ya que toda Revolución busca un fin político,

mediante el ejercicio de la violencia como estrategia de masas. Un mando militar burocratico, jerárquico, no tendría tanta necesidad de unificar el saber subjetivo y el poder objetivo como lo precisa un mando revolucionario. Un militar burócrata llega a los escalones de mando más elevados sólo por su edad, o según mandan los estatutos o reglamentos de una corporación armada (ejército). Un revolucionario actuando en estratega ha de demostrar diariamente que es merecedor de su mando, obteniendo contra el enemigo más victorias que derrotas. El mando revolucionario debe ser provisional, creador, consentido por las masas insurreccionadas, para que ningún burócrata deificado se coloque por encima de ellas. La gran misión de un ejército revolucionario exiguo, pero coherente, ágil y militante, en el comienzo de la lucha, es actuar en acciones que faciliten el movimiento de las masas hacia su progresiva insurrección general por grados sucesivos, sin dejar que éstas se paren, hasta que el pueblo con su movimiento se convierta en el sujeto de la historia, frente a las clases explotadoras y opresoras, que emplean la dictadura armada de las minorías oligárquicas, plutocráticas, imperialistas y burocráticas contra el pueblo trabajador.

El saber estratégico descubre y utiliza las leyes generales y particulares de la guerra, aplicando los principios de la dialéctica, el conocimiento político, social y económico, el análisis y la síntesis en relación con una situación de guerra global, ya que -en nuestra época- la guerra siempre es totalitaria: desborda los estrechos límites del cuartel, la meta táctica en

orden abierto o cerrado, puesto que, en los años decisivos del ocaso del capitalismo, toda guerra involucra un proceso de contagio que afecta por vibración política a todo el sistema. De ahí la vigencia del imperialismo y de las guerras revolucionarias que pueden conducir a una tercera guerra mundial o a una revolución social de signo internacional.

La ALALC es una ficción para entretener a ilusos burgueses en la creación de un mercado común latinoamericano que sólo monopolizan los norteamericanos: más del 40 % del intercambio total, contra menos del 8 % los países de la ALALC. Por contra parte, la presencia omnipotente y divisionista del imperialismo del dólar se pone en evidencia, cuando Venezuela se resiste a entrar en la ALALC. ¿Por qué? Unicamente porque el petróleo se vende en dólares y no en monedas-ALALC, que no son de libre convertibilidad. ¿Qué queda de la unidad latinoamericana o de la unión árabe, mientras el imperialismo anglosajón tenga en la mano el jarro del petróleo...?

América Latina debía hacia 1965, unos us$ 14.500 millones: deuda fiscal y de los particulares con el capital financiero internacional, es decir, una vez y media más que el valor total de sus exportaciones. Si destinara al pago de anualidades e intereses de esa deuda pública externa, lo que le exigen sus obligaciones internacionales, Latinoamérica debería retirar más del 20 % de sus ingresos anuales de divisas; pero Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, en ciertos casos, tendrían que destinar por año hasta más del 50 % de sus ganancias normales de divisas por exportaciones, para pagar

sus cuantiosas deudas extranjeras. Cuando un país sustrae anualmente a su inversión nacional más del 10 % de sus entradas de divisas, para pagos de sus deudas exteriores, comienza a marchar mal: a tener falta de materias primas, equipos y bienes de importación, necesarios para mantener una economía expansiva de plena ocupación. Qué haría América Latina, pues, con la amortización y anualidades que leexigesu deuda externa por us$ 14.500 millones, hacia 1965? El imperialismo económico yanqui es avasallador: quitó a la América Latina 1 dólar por venderle caro y comprarle barato en su mercado y le prestó otro dólar para endeudarla y alienarla en la política, la diplomacia y la estrategia de los Estados Unidos. De esta alienación sólo se puede salir con la unión latinoamericana por medio de la revolución social continental, que comenzará en alguna parte siendo nacional;pero que deberá correrse continentalmente contra los imperialistas, los latifundistas, los militaristas y los entreguistas, que desunen, entregan, oprimen y explotan a los países latinoamericanos.

En América Latina salen más dólares que entran: las inversiones norteamericanas directas producen anualmente más de us$ 1.000 millones, ,pero los capitales netos que entran no llegan ni a la mitad de esa cantidad. Para salir del subdesarrollo, del analfabetismo, de la tutela del imperialismo, del militarismo cipayo y del feudalismo residual no hay más que una solución: la lucha liberadora antiimperialista de tipo continental, bajo la forma de guerra revolucionaria. Hay que combatir al imperialismo no en un solo punto, sino

llamarlo a muchos puntos a la vez, a fin de que trate de llegar a todos los sitios con poca fuerza, de modo que perezca, en un amplio espacio, con el militarismo cipayo que le da cobertura neo-colonial, en América Latina.

En un mundo dividido en clases y naciones rivales, la guerra siempre fue un medio último para realizar la política de nación o de clase, rechazada la vía pacífica. Estados Unidos, luego de constituirse en gran potencia imperialista, utiliza, según sus conveniencias la colonización pacífica financiera (si es consentida por gobiernos cipayos), o el desembarco de los "marines", como en el caso de la intervención militar en Santo Domingo, en abril de 1965.(Cuando pudiera ser denunciado por los revolucionarios el "pacto colonial" con el dólar). El Departamento de Estado estimula los "golpes de Estado" (presiones militares internas) para deshacerse (empleando a otros ejércitos) del "tercerismo político y diplomático" de los Janio Quadros, los Goulart, los Vargas, los Perón, los Bosch, los Arbenz, los Cheddi Jagan, etc.

Hay toda una serie de gobiernos latinoamericanos "débiles" –burgueses y pequeño burgueses– que mantienen el "mito de la democracia", para que los Parlamentos, dócilmente, voten la "entrega", del petróleo, de los minerales estratégicos, de todas las fuentes de riquezas naturales, al capitalismo de Wall Street, que se reparte la América Latina con "sus inversiones directas", especie de colonias fenicias, que actúan como "Estados dentro del Estado nacional": la United Fruit, en Centroamérica y el Caribe (protectorados de

los Estados Unidos). Esos gobiernos "débiles" pasan para su aprobación a sus Parlamentos los tratados de "asistencia o de entrega mutua" (Tratado de Río de Janeiro y otros), que han hecho de América Latina una vasta colonia de los banqueros y hombres de negocios de Wall Street, una sucursal del Departamento de Estado (para recontar y sumar votos en las Naciones Unidas), un Commonwealth de la diplomacia del dólar.

Si por la vía pacífica se logra esta política neo-colonial de Estados Unidos con América Latina, si Wall Street y el Departamento de Estado no tienen problemas políticos o revolucionarios para la explotación económica, financiera y diplomática de la América Latina, no tendrá que intervenir el Pentágono, como en el caso de Cuba (revolución socialista), o como en el de Santo Domingo (revolución popular interna contra la oligarquía y el militarismo, dóciles a la diplomacia del dólar).

En Santo Domingo, gracias a los "marines" desembarcados para apoyar a los generales y a los oligarcas del frente interno reaccionario, otra vez, el Poder pasará a manos de los yanquis por medio de la política de Balaguer. El error estratégico de los revolucionarios dominicanos residió en su ingenuidad política: entrar inermes en una justa electoral con la policía, el ejército, la propaganda y los "marines", del lado de Balaguer. Si se frena una guerra revolucionaria, y se pasa inmediatamente a una solución política, casi siempre triunfará el supuesto "partido de la paz", presentado así, en la persona de Balaguer, por la propaganda y los millones de dólares gastados (para ganar volunta-

des timoratas) por el imperialismo yanqui.

A pesar de los millones de dólares prodigados por el Departamento de Estado para comprar voluntades latinoamericanas, no obstante que las agencias noticiosas internacionales hacen las primeras páginas de los diarios latinoamericanos (no para informar, sino para deformar a la población), a pesar de todo esto, del cipayismo y del militarismo unidos al imperialismo del dólar, la perspectiva histórica de América Latina es la más revolucionaria, en la coyuntura internacional. Los "marines" habrán conseguido en 1965 aplastar momentáneamente una revolución popular en Santo Domingo; pero-mientras el precio de la libra de azúcar bruto (el 60 % del valor de las exportaciones dominicanas) se cotice a menos de 2 centavos de dólar (1966), contra más de 8 centavos en 1962/63, es evidente que la miseria y el hambre aumentarán en Santo Domingo, que una parte de los militares y la mayoría de la población coincidirán, otra vez, en un movimiento de liberación nacional, para descolonizar a Santo Domingo de la tutela oprobiosa del neocolonialismo de Wall Street y de la autocolonización de Balaguer.

La situación neo-colonial de Santo Domingo es el cuadro general de las repúblicas latinoamericanas respecto de sus relaciones económicas, políticas, diplomáticas y estratégicas con la república del dólar.

Los militares latinoamericanos no deben ser considerados políticamente homogéneos, en cuanto al entreguismo político, económico y estratégico a los Estados Unidos. Los oficiales, los suboficiales, la tropa, sienten en carne propia la crisis del costo de la vida,

la colonización financiera del dólar en sus respectivos países, la ostentación de lujo que hacen las clases privilegiadas (unidas a la estrategia del Pentágono), el hambre y la miseria de las masas populares, derivado de un subdesarrollo económico, cultural y tecnológico, inherente a una relación de intercambio desfavorable, crónicamente, con el imperialismo del dólar. Hay, en buena estrategia, que distinguir entre burguesía militar (altos cuadros jerárquicos) y pequeña burguesía (cuadros medios y suboficiales), para lanzar con eficacia estratégica una política de liberación nacional que divida a la cima militar de la base. Tal es uno de los principios básicos de la estrategia de la guerra revolucionaria contra el cipayismo, el militarismo, el feudalismo residual y el imperialismo del dólar.

De nada serviría empeñarse en un planteo exclusivamente guerrillerista, aislándose de las masas en las montañas latinoamericanas, si la política revolucionaria no supiera o lograra dividir el frente político enemigo: separar a las jerarquías militares de la base; movilizar insurreccionalmente las grandes masas urbanas por sus reivindicaciones propias (dándoles cobertura armada); aislar políticamente a las oligarquías nativas; neutralizar a las burguesías nacionales; unificar estratégicamente en un solo frente, las clases económicamente débiles, el proletariado industrial y las masas campesinas. Todo ello en base a una estrategia continental latinoamericana: pues mientras el yanqui, con el apoyo de las oligarquías indígenas, se bata en un solo país (caso Santo Domingo), mientras el pueblo de las demás naciones latinoamericanas permanezca

neutral, los generales del Pentágono tendrán la posibilidad de batir por separado, uno a uno, a los insurreccionados pueblos deAmérica Latina contra sus oligarquías nativas y el imperialismo económico del dólar.

La estrategia da la victoria a quienes saben aplicar sus leyes correctamente, en cada situación militar o revolucionaria, en cada momento de la historia; pero a condición de que el "gorrión" ataque en bandadas al águila. No hay que caer en la trampa estratégica de dejar que se ate a un pueblo latinoamericano o se lo inmovilice en el "rodeo" yanqui, sin que otros pueblos hermanos tomen parte en la lucha continental por la unidad latinoamericana, la supresión del feudalismo residual, la expulsión del neo-colonialismo yanqui y por formar una unidad de destino histórico todos los pueblos latinoamericanos. Estos pueblos tienen una comunidad de idioma, un origen histórico iberoamericano común y casi una misma formación espiritual y política, como no la tiene, en el mundo, ni los árabes, ni los europeos, ni los asiáticos, ni los africanos. América Latina no será un solo país mientras esté dividida en provincias neo-colonizadas por el dólar, mientras se deje desunir y aislar de país a país, por la banca internacional y la diplomacia del dólar.

Es falsa la tesis sobre tres Américas Latinas diferentes: a) Euro-América (o de raza blanca inmigratoria, principalmente en el Cono Sur); b) Indo-América (zona del Pacífico y Centroamérica, con prevalencia de indios o de mestizos en la población); c) Afro-América (con mayoría de población negra y mulata como en el

Caribe y Brasil, etc.); tal doctrina difundida por las oligarquías indígenas, el imperialismo americano y un intelectualismo extranjerizante, pro-yanqui y cipayo, tiende a separar políticamente la acción conjunta estratégica de los pueblos latinoamericanos contra sus explotadores de dentro (latifundistas) y de fuera (imperialistas). América Latina es una nación: habla un mismo idioma (con ligeras variantes dialectales o idiomas de poca importancia); tiene un tronco lingüístico común ibérico. En ninguna zona del mundo existen 20 naciones que hablen un mismo idioma y, sin embargo, están separadas, para que el imperialismo la reduzca a un Commonwealth, a dóciles colonias gobernadas por la O.E.A., desde el Departamento de Estado (si no se entregan sin resistencia al capitalismo de Wall Street), ya que, en su defecto, es el Pentágono el que hace la política por medio de los "marines", como en la República Dominicana, en 1965.

Doctrina de la estrategia continental

Mientras los mongoles estuvieron desunidos, eran tribus dispersas, pero al unirlos Gengis Khan crearon una gran nación. Los árabes eran unas tribus dispersas, que al unirlas Mahoma formaron una nación poderosa. Alejandro el Magno conquistó el Asia Menor uniendo a los griegos de Europa y Asia. Lenín unió todas las Rusias en el socialismo, creando la más grande potencia europea y asiática, de lo que antes era un imperio feudal enfermo, agonizante, vencido por los alemanes en el Oeste y por los japoneses en el Extremo

Oriente. Mao-Tse-Tung cementó la dispersa unidad nacional china con la doctrina socialista: China se ha constituído en la primera potencia asiática y ya ha llegado a la energía nuclear; ha pasado al socialismo sin hacer la etapa del capitalismo. La unidad hace la fuerza, cuando la unión está hecha sobre la base de doctrina que crea una gran federación de pueblos con un solo mercado, una sola moneda y una sola frontera. Mientras América Latina no rebase el nacionalismo raquítico, el feudalismo residual y el neocolonialismo del dólar, será una nación decadente: dividida en provincias monoproductoras de café, cacao, azúcar, metales estratégicos, petróleo, bananas, carnes, lanas y otras materias primas explotadas neo-colonialmente por las "inversiones directas" del imperialismo de Wall Street.

La unidad latinoamericana no la harán las burguesías decadentes ni las oligarquías nativas, ni las jerarquías militares entregadas a la estrategia contrarrevolucionaria del Pentágono. El ejército nacional de un país subdesarrollado, cuando no se vincula al pueblo por medio de la guerra revolucionaria no puede resistir –en caso de guerra con el imperialismo– en la batalla de línea o de frente contínuo. Ningún ejército regular latinoamericano está en condiciones tácticas y estratégicas de resistir al Pentágono, en la batalla de formaciones regulares. La superioridad del ejército norteamericano es aplastante, en material de guerra, sobre cualquier ejército latinoamericano. Así, pues, los militares latinoamericanosque se resisten al armamento del pueblo, a la estrategia del pueblo en armas.

o siquiera a la milicia suiza (en un Estado burgués), no pueden aceptar, sin ser derrotados, el combate frente a la Marina, la Aviación y el Ejército de los Estados Unidos, ya que en la batalla convencional lo que decide es la cantidad de material más que la de los hombres. Por consiguiente, el ejército latinoamericano, que se niegue al armamento del pueblo, no puede resistir frente a un desembarco de tropas imperialistas: consecuentemente, la batalla desigual, en formaciones de línea, lleva a la política del cipayismo, a entregar, por los Estados Mayores de los ejércitos latinoamericanos a sus pueblos a la explotación neo-colonial del imperialismo económico. Pero si un puñado de militares insurreccionados se unen a la milicia popular, si arman al pueblo, pueden pelear contra los "marines", como hicieran los militares dominicanos que al frente del coronel Caamaño en 1965, lucharon contra los "marines", para hacer la revolución democrático-burguesa, que no tolera ya el Pentágono en América Latina. Sin estrategia continental revolucionaria ya no hay derecho para el pueblo ni a la democracia parlamentaria.

El militarismo, el feudalismo residual, el imperialismo y el entreguismo se han consorciado para entregar, uno a uno, los países latinoamericanos, a la colonización financiera del dólar; todo ello disimulado con la lucha por la "democracia, . . " de los multimillonarios, la defensa del"mundo libre" (encadenado a los "trusts" norteamericanos) y el panamericanismo anticomunista de la O. E. A. (ministerio de colonias del gobierno norteamericano).

Cuando las elecciones presidenciales dan la victoria a un presidente latinoamericano "tercerista", o simplemente no favorable en todo a la diplomacia y a la estrategia del Departamento de Estado y del Pentágono, los militares entreguistas dan el consabido y tradicional "golpe de Estado", Ello permite, sin abolir la constitución, echar del Poder al partido o presidente de turno contrario al imperialismo, antes que termine su mandato electoral, a fin de que la finanza, la diplomacia y la estrategia de la Casa Blanca pueda hacer y deshacer a su gusto en los países latinoamericanos, gracias a la auto-colonización que realizan los ejércitos entreguistas, cuyos generales son los furrieles de los generales del Pentágono. La liquidación de Vargas, Perón, Arbenz, Janio Quadros, Joao Goulart, Bosch, Illia y otros indica políticamente que ya es el pueblo quien tiene que asumir la política directamente, no confiando más en las elecciones, sino en las acciones de masas estratégicamente combinadas, en forma de guerra revolucionaria, a fin de hacer por la violencia lo que la violencia cipaya no le permite democráticamente al pueblo trabajador.

Latinoamérica, una e indivisible, debe ser hecha por sus pueblos. Las burguesías nacionales confían en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC): la más grande de las utopías supranacionales, mientras exista, dentro de América Latina, el feudalismo residual y el imperialismo económico. Como en esta materia los hechos son más elocuentes que las palabras, helos aquí:

En preguerra, los países latinoamericanos comercia-

ban entre sí hasta el 15 % aproximadamente de su intercambio total;en los años de la segunda guerra mundial, al 24 % (para suplir las importaciones que venían de las potencias belicistas); pero en 1966, sólo comerciaba América Latina al 7 - 8 % del valor total de sus importaciones y exportaciones. Por qué? Sencillamente porque la Ley480 de los Estados Unidos desaloja al trigo argentino y uruguayo del mercado de Brasil y al algodón peruano, en Chile, debido a que los "excedentes" de granos y algodón norteamericanos se colocan en forma de préstamos o ventas, con el 20 % al contado y el resto hasta 20 años, en monedas fáciles. Por otra parte, Estados Unidos absorbe más del 40 % del intercambio latinoamericano: basta sólo que un país tome hasta el 30 % del intercambio de otro país, para que este último quedeengullido en el sistema monetario y económico del primero, en forma de colonización financiera, pero no menos onerosa que la colonización bajo bandera.

No hay posibilidad de liberación nacional para cada país latinoamericano, separadamente, por la sencilla razón de que la ley de la división del trabajo a la escala internacional, generada por el imperialismo económico, ha especializado en la producción y exportación de uno, dos o tres productos esenciales a cada país neo-colonial latinoamericano. Esta alienación económica, como en el caso de Bolivia, bajo la revolución pequeño-burguesa del MNR, evidencia que si un país es reducido a la monoproducción del estaño o de otra materia prima, no puede liberarse del yugo imperialista, a menos que no se corra la revolución

anti-imperialista y anti-oligárquica por toda la América Latina. Si los productos primarios producidos por los países latinoamericanos son refinados o manufacturados fuera de cada país neo-colonial, no hay base económica ni estratégica para la consolidación de una revolución nacional latinoamericana; Bolivia, con un pueblo en armas, pero alienado en la monoproducción del estaño, no ha podido resistir a la presión interna del militarismo conjugado con la presión externa del imperialismo del dólar.

Como ningún país latinoamericano refina o manufactura las materias primas que exporta otro país latinoamericano, resulta que la unidad económica en un mercado común teórico como la ALALC es imposible prácticamente. La liberación y la unión de América Latina tiene que ser obra de los pueblos y no de las burguesías, de las oligarquías o de los gobiernos entreguistas, dóciles a las sugerencias del Pentágono y del Departamento de Estado. Si la Revolución latinoamericana no produce la unidad continental, ningún país latinoamericano puede liberarse plenamente del imperialismo, ya que, a lo sumo, tendría que dejar una "zona de influencia" para caer en otra "zona"... Así, pues, la lucha contra el imperialismo y el cipayismo debe ser librada a la escala continental, a fin de que el imperialismo y sus "marines", "divisiones de caballería del aire", "unidades especiales" y "cuerpos expedicionarios", sean atraídos a zonas sin comunicaciones, terrenos de montaña y bosque y a luchas urbanas, donde las armas pesadas queden reducidas a poco valor táctico y estratégico, para el Pentágono y sus

"furrieles" latinoamericanos.

Estrategia revolucionaria e imperialismo

El Pentágono y el Departamento de Estado buscan un acuerdo con los gobiernos cipayos latinoamericanos, para crear un"ejército continental represivo", con infantería cipaya, y armamentos y "asesores" norteamericanos, comandados -a ser posible- por generales entregados al imperialismo, como Panasco Alvin durante la "intervención yanqui" en Santo Domingo, en 1965. La supuesta "fuerza interamericana de paz" sería la internacional de la reacción gran-burguesa, preparada para aplastar los movimientos de liberación nacional. En la O. E. A., internacional de la burguesía panamericana, las ideologías son comunes, salvo raras excepciones, y, por tanto, los fines de las defensas del "mundo libre" tienden a ser comunes bajo el signo del dólar y de los latifundios latinoamericanos.

La "santa alianza represiva", cuyo epicentro estratégico es el Pentágono y su caja de resonancia económica Wall Street, plantea la tesis de que ya las fronteras no son nacionales sino ideológicas. Este imperialismo, intolerante y totalitario, ha sido coreado por los estrategas del militarismo brasileño y argentino, a fin de crear una fuerza interamericana permanente de fusileros antipopulares al servicio del Pentágono. Como los Tratados de Río de Janeiro y de Bogotá iban dirigidos contra la URSS, pero ahora existe la "coexistencia" entre Washington y Moscú, hay que crear una alianza

antipopular, cuya finalidad sería la coexistencia con la URSS y la violencia contra los pueblos insurreccionados o rebeldes de América Latina, que no se resignen a llevar el dogal norteamericano del "mundo libre".

Frente al "ejército continental represivo", contra las dictaduras militares unidas al imperialismo yanqui, los pueblos latinoamericanos tienen que agruparse en organizaciones multinacionales latinoamericanas:

1) Un Frente Unido Anti-Imperialista Latinoamericano.

2) Un Ejército Latinoamericano de Unidad y Liberación.

3) Una Central Sindical Unida Latinoamericana.

4) Un Frente Unido de la Juventud Latinoamericana.

5) Una Federación Estudiantil Latinoamericana.

6) Un Partido de los Trabajadores Latinoamericanos.

A la "santa alianza" de las oligarquías indígenas y del imperialismo yanqui, hay que contestar con una ofensiva de liberación latinoamericana en todos los frentes: en todos los países, en las ciudades y en el campo, mediante una guerra revolucionaria a la escala continental. No hay que permitir al imperialismo y a su cipayage que avasalle pueblos como a Santo Domingo, haga elecciones con "fraude" como en Santo Domingo y lleve tropas cipayas como en Santo Domingo. No: hay que atacar en todo el frente latinoamericano, las posesiones y las representaciones del imperialismo yanqui, cuando el Estado Mayor del Pentágono dé la orden de intervención a una provincia latinoamericana, sea solo o acompañado de los Panasco Alvin. Permanecer neutral mientras el imperialis-

mo invade a una provincia latinoamericana (Santo Domingo), es negar la unidad latinoamericana y exponer la América Latina a un coloniaje por parte de los Estados Unidos, si las demás provincias no luchan contra el imperialismo por el derecho a ser una gran nación soberana latinoamericana.

Agarrado el ejército norteamericano en Asia por un pie y una mano, América Latina debe agarrarle otro pie y otra mano, hasta que suelte la presa de sus inversiones directas, su diplomacia humillante y sus "invasiones" a lo Santo Domingo. Para los latinoamericanos hay, en un solo país, posibilidad estratégica, económica y política de liberación nacional, Cuba, el país que mejor resiste el "cerco" norteamericano, ha sido "aislada" continentalmente por el imperialismo del dólar y las oligarquías latinoamericanas. La culpa de este aislamiento no la tienen las masas, sino los partidos y las organizaciones de izquierda, que con su espíritu liberaloide, no han escrito el recurso a la violencia en sus programas políticos. Frente a esa izquierda verbal, pasiva, acobardada, los militares pro-yanquis, reaccionarios, pueden conquistar el Poder en orden cerrado, sin tirar un tiro, por teléfono, ante la indiferencia de los comités de los partidos políticos y de los sindicatos amarillos y reformistas.

Los pueblos latinoamericanos deben tener un sentimiento heroico de la vida; abandonar el nacionalismo decadente y raquítico (la provincia como falsa nación); propagar un nacionalismo latinoamericano (la unidad de la América Latina); dejar de ser argentino, brasileño, chileno, peruano, paraguayo, etc. para con-

vertirse en soldado militante por una causa única: la unión de América Latina contra el imperialismo, el feudalismo y el militarismo; en fin, hay que emplear la estrategia de la guerra revolucionaria en las grandes urbes, los campos y las montañas, en escala latinoamericana. Así la unidad de los pueblos latinoamericanos será un hecho, en el curso de unos años de lucha por la liberación, la descolonización, la liquidación de los"señores de la guerra": los enemigos de la democracia, los fabricantes de "golpes de Estado". El pretorianismo prospera y actúa impunemente, en América Latina, porque el pueblo no tiene dirigentes revolucionarios; porque no sabe recurrir a las guerras revolucionarias combinadas en ciudad y campo; porque las burocracias sindicales, las burguesías liberales y los comunistas de pacotilla (coexistentes) y los socialistas de terciopelo, dejan abandonadas a las masas, sin conducción estratégica, ante el imperialismo y el cipayismo criollo.

En América Latina, la crisis económica y el desmedido crecimiento de la población con respecto al incremento de la producción, están presionando hacia una gran revolución social, que no podrá evitar el pretorianismo unido al imperialismo yanqui. En 1966, hay dictaduras militares en Brasil, Argentina, Paraguay, Ecuador y regímenes oligárquico-dictatoriales, disimulados democráticamente en casi todos los países latinoamericanos. Los partidos políticos de las burguesías y de las oligarquías nacionales no pueden resolver la crisis estructural latinoamericana por métodos parlamentarios. En tales condiciones, para hacer

pagar la crisis al proletariado urbano y al subproletariado rural, para frenar la inflación colocando a los obreros contra la pared, para saldar la deuda pública externa con el capital financiero internacional, el pretorianismo ha sustituído el débil parlamentarismo de las burguesías y de las pequeñas burguesías nacionales por la fuerza de las bayonetas.

Durante un tiempo, antes de que la crisis económica se convirtiera en crisis social y política, los Estados Mayores de los ejércitos latinoamericanos tenían el Poder, pero no el Gobierno. Ahora, con inflación acelerada y con "presiones" de los banqueros internacionales, los militares han desplazado a los políticos en Brasil, Bolivia, Argentina y Ecuador, por no citar a otros países latinoamericanos en circunstancias similares. El Ejército, las fuerzas armadas, aparecen ya como partidos políticos gobernantes. El último acto de la tragedia latinoamericana está por llegar: hay guerrillas en Colombia, Venezuela, Guatemala, Perú, Bolivia, etc. Pero falta una estrategia continental revolucionaria capaz de derrotar al Pentágono y a los pretorianos latinoamericanos.

Un ejército de liberación latinoamericano debe ser formado, en cada país, pero con un comando estratégico continental. El ejército de liberación latinoamericano, en países con dictaduras militares, debe luchar por las libertades básicas, la constitución, los derechos sindicales y políticos, por la autodeterminación nacional contra el imperialismo, el feudalismo residual y el pretorianismo, por una democracia directa de los trabajadores, de los intelectuales y de las clases me-

dias económicamente débiles. Las burguesías nacionales, sustituídas por los pretorianos en el gobierno, si el programa de una guerra de liberación incluye también sus aspiraciones, darán cobertura a las guerrillas urbanas y rurales.

No debe olvidar el Estado Mayor de un Ejército de Liberación que la vieja estrategia cifraba todo en dominar el Espacio, pero un ejército popular tiene que controlar la Población: pues el Espacio sin Población favorable es un vacío estratégico absoluto para la derrota de un ejército impopular, represivo, antidemocrático y entregado al imperialismo: corruptor, divisionista y atropellador de la soberanía latinoamericana.

Entre el terreno favorable y la población favorable, el ejército de liberación debe elegir la población y no el terreno: pues el guerrillero con el apoyo de la población puede realizar una guerra revolucionaria de pueblo en armas contra la cual el más poderoso ejército no puede nada. En el Vietnam, a pesar del enorme poderío económico y militar de los Estados Unidos, lo decisivo es el hombre y no la fuerza bruta militar, apoyada en el mito de la técnica de los armamentos más modernos.

Frente a un ejército poderoso en armas y numeroso en tropas, hay que cederle terreno, tanto en las ciudades como en el campo, pero se lo debe desgastar contínuamente hasta que su moral se quebrante. En una guerra de liberación la victoria final ya no se decide por las armas, como en las guerras imperialistas. En una guerra revolucionaria gana el bando que dura más: moral, política y económicamente. En la vieja estra-

tegia, los factores de la victoria eran la potencia de fuego y el número de combatientes; en la guerra revolucionaria, si se sabe emplear estratégicamente a los Generales Tiempo y Espacio, con el apoyo de la Población, la Victoria siempre es segura, siempre la merece el bando que sabe o puede durar más. Un ejército pretoriano, que oprime y auto-coloniza a su pueblo, si se lo somete a pequeñas luchas, desgastándolo y desmoralizándolo por el General Tiempo, y llevándolo a dar golpes en el vacío, mediante el empleo racional y estratégico del General Espacio, nunca, en tales condiciones, merecerá la victoria, sino la derrota más definitiva y aplastante.

La fuerza inicial revolucionaria, un pequeño ejército de liberación, en el comienzo de una guerra revolucionaria, debe ser empleado donde dé más rendimiento estratégico y tenga más posibilidades de movilizar a la población, para que el pueblo se constituya en el sujeto de la historia, sin recibirla pasivamente como ante casi todos los "golpes militares". Tener un pequeño ejército revolucionario y aislarlo de las masas populares en una lucha de montaña, sin organización territorial que lo apoye, es entregarlo a la implacable destrucción de la aviación (artillería volante), las divisiones de caballería del aire (helicópteros), al bombardeo de "napalm" y a su cerco y aniquilamiento, como en el caso de los guerrilleros de la Puente Uceda, en 1965, en Mesa Pelada (Perú).

No hay posibilidad estratégica para crear "repúblicas tipo Marquetalia" (como bases de guerrilla), si el ejército represivo pretoriano no es atacado también en las

zonas urbanas, en los puntos débiles de su retaguardia. Los aviones de despegue vertical, los helicópteros (empleados en masa), el "napalm", la artillería liviana sin retroceso, desmienten muchas de las tesis guerrilleras clásicas de la guerra revolucionaria. Ahora el epicentro de la guerra revolucionaria debe estar en las grandes zonas urbanas, donde los armamentos pesados no son tan eficientes como en el campo, para aniquilar a guerrilleros clavados al terreno (como de la Puente Uceda, en Mesa Pelada, o las "repúblicas campesinas" de Colombia). Si una ciudad no es liberada, estando sometida a la guerra revolucionaria móvil, si la población está con las fuerzas de liberación y el espacio simbólicamente con el ejército reaccionario, hasta que convenga política y estratégicamente la total liberación de dicha urbe, en tal situación, no pueden ser empleados los armamentos pesados del enemigo, a menos que éste no le tire a su propio frente, lo cual es absurdo.

Existe la posibilidad de formar "bases de guerrilla", en zonas de alta montaña boscosa, siempre que éstas sean numerosas y bien implantadas, no sólo en terreno favorable sino también en población campesina favorable; pero a condición de contar con una vasta guerrilla urbana que le dé a la guerra revolucionaria su verdadera dimensión política y espacial. La guerra revolucionaria se definiría como la guerra en superficie, es decir, en todas partes a la vez y en ninguna fija o clavada en el terreno, hasta que la segunda y la tercera fase de una guerra popular cuenten ya con unidades militares lo suficientemente fuertes como para destruir

a batallones enemigos y desaparecer sin quedar el ejército popular fijo en el terreno. Lo que importa no es ganar espacio, sino destruir al enemigo y durar más que él. Ahora bien, si un pueblo está en condiciones masivas de entrar en la insurrección, debido a una ocasión histórica única, es absurdo irse a la guerrilla de montaña, cuando la Revolución puede ser decidida en unas horas o en unos días, en las ciudades: España, en 1936; Santo Domingo, en 1965; Rusia, en 1917. La guerra de guerrilla urbana y rural debe tender a crear todas las condiciones -en el tiempo y en el espacio- para terminar todo luego en una insurrección general como Madrid, en 1936, o Petrogrado, en 1917. Estratégicamente, un ejército guerrillero diminuto debe operar con vistas a ir poniendo en marcha la insurrección de las masas, sin jugar las fuerzas populares en un gran combate inicial; sin fijarse al terreno (barricadas urbanas); sin crear campamentos de montaña fijos(mientras se es débil en el espacio, hay que saber durar en el tiempo).

Las guerrillas rurales colombianas -que ya duran más de tres lustros, sin poder pasar a la formación de un ejército de liberación- indicarían que el planteo exclusivamente campesino -la unidad guerrillera rural- sin apoyo masivo de las masas urbanas, sin guerrilla urbana, no prospera, no es capaz de rebasar la segunda fase de la guerra revolucionaria (bases de guerrilla tipo Marquetalia o las repúblicas campesinas", especie de "Estados dentro del Estado"). Es más, en Colombia se ha retrocedido de la segunda a la primera fase de la guerra revolucionaria (guerrillas móviles), ya que la

aviación en masa, la caballería del aire (helicópteros), han destruído las "repúblicas campesinas", por carencia de apoyo en las masas urbanas. Para neutralizar estas armas, se debe emplear más el modelo de guerrilla del Movimiento M-13 de Guatemala, que combina la guerra urbana y rural, que el guerrillerismo rural colombiano, incapaz de superar la primera fase de la guerra revolucionaria: guerrillas campesinas dispersas.

Si el imperialismo apoya a los pretorianos y a las oligarquías latinoamericanas con fuerzas militares y armamentos estratégicos, es evidente que la liberación anti-imperialista y anti-oligárquica no puede realizarse sino muy difícilmente en un solo país latinoamericano, a menos que los pueblos o las masas latinoamericanas ataquen, en tiempo y espacio continentales, a los intervencionistas yanquis, comenzando por destruirles sus "inversiones directas", sus misiones militares y sus representaciones diplomáticas y consulares. Esta ley estratégica de la liberación latinoamericana está demostrada por el fracaso de la revolución boliviana, el aislamiento continental" de la revolución cubana y la obligada "negociación dominicana", para romper el cerco estratégico yanqui sobre la "ciudad nueva" de Santo Domingo, en 1965. En esta ciudad, fue posible el triunfo, para la oligarquía y los pretorianos nativos, apoyados por el desembarco de los "marines" yanquis, a causa de la indiferencia de las masas populares latinoamericanas, que no desencadenaban una acción revolucionaria continental contra el impe-

rialismo, para hacerle soltar su "presa" en la República Dominicana.

Luego del "cerco" de Cuba por el imperialismo y las oligarquías latinoamericanas y del ahogamiento, combinado del Pentágono y de los pretorianos latinoamericanos, de la insurrección popular en Santo Domingo, en 1965, es evidente que los partidos comunistas reformistas, coexistentes y pro-soviéticos, y las izquierdas verbales latinoamericanas, no están en condiciones de enfrentar al imperialismo yanqui, y en consecuencia, han dejado de ser vigentes como valores políticos positivos, como órganos de conducción de las masas populares. El socialismo de terciopelo, el comunismo pro-soviético de la "coexistencia pacífica" y la izquierda no revolucionaria latinoamericana, están, todos ellos, demás en la política y en la historia de un continente, que por medio de la O. E.A. tiene su internacional negra, mientras el comunismo se ha hecho pequeño-burgués y nacionalista raquítico, sin exponer nada revolucionariamente por la liberación de pueblos como Cuba o la República Dominicana.

La Conferencia Interamericana de Río de Janeiro, celebrada en enero de 1965, planteó la necesidad de crear una "fuerza interamericana de paz": la FIP tuvo su intervención en Santo Domingo, para que el imperialismo y la oligarquía nativa recuperaran sus privilegios, para masacrar al pueblo insurreccionado. Frente al ejército continental represivo, dirigido por el Pentágono con aporte de tropas pretorianas latinoamericanas, hay que crear: un ejército popular latinoamericano de liberación, una central sindical latinoameri-

cana, un frente de liberación latinoamericano, una juventud latinoamericana y un partido multinacional para la liberación de América Latina. Sin una estrategia continental latinoamericana para la liberación, para echar al imperialismo y liquidar a las oligarquías, no pueden los pueblos latinoamericanos liberarse, en un solo país, de sus pretorianos, de su aristocracia terrateniente y de los monopolios yanquis.

CAPITULO III

ESTRATEGIA LOGISTICA O ESTRATEGIA POLITICA

Vietnam: Ganará la guerra el que dure más...

Hay más centros de poder mundial que los de las grandes potencias nucleares. La técnica bruta, por más poderosa que fuere, no decidirá el curso de la historia. Al contrario, dos potencias atómicas de igual poderío estratégico en cuanto a "represalias nucleares" se neutralizan y su poder militar, par a par queda reducido a cero. En este orden de ideas, el poder máximo se convierte, en virtud de su dialéctica en su contrario, es decir en poder mínimo. La inercia estratégica de la URSS en Vietnam del Norte, con su indiferencia ante los bombardeos norteamericanos, y el punto muerto de Estados Unidos, en la república Dominicana y en Vietnam, indican que las armas nucleares, los acorazados, los tanques, la artillería y los blindados ya no hacen la historia en las condiciones queridas por una primera potencia imperialista, si se emplea contra ella la estrategia del pueblo en armas.

Estados Unidos y la Unión Soviética pueden paralizarse mutuamente, ante la disuación nuclear –estrategia de represalias masivas contra ciudades y centros

de lanzamientos de proyectiles– pero el arma atómica es de poca o ninguna eficacia contra miles de guerrilleros dispersados, en tiempo y espacio, haciendo una guerra subversiva de duración prolongada contra un enemigo poderoso, apoyado por una potente industria pesada. Tal sería la situación estratégica de Estados Unidos, en Vietnam del Sur. Aquí el hombre y la técnica se enfrentan decisivamente. Hasta el presente va ganando terreno el hombre y perdiéndolo la técnica, pues ésta, por más fuerte que fuere, siempre será un elemento pasivo inferior al hombre, que la crea y la modifica con trabajo e inteligencia.

Los estrategas norteamericanos tratan de llevar adelante una guerra de transporte y destrucción por medio de bombardeos aéreos en masa (estrategia logística o de material); pero ello no es eficaz contra un ejército sin líneas ni frentes contínuos;que vive sobre el terreno sin ser esclavo de sus comunicaciones, que aparece y desaparece; que está, sorpresivamente, en todas partes y en ninguna, oculto entre el pueblo; que es el pueblo mismo en armas que espera ganar la guerra, no en una gran batalla, sino en pequeños combates y prolongando la guerra al infinito; pues sabe que el bando más débil –en material– ganará con la moral más fuerte, es decir, el ejército que dure más políticamente, moralmente, obtiene la victoria final por agotamiento político del adversario.

¿El hombre o la técnica?

En las guerras modernas está demostrado, estratégi-

camente, que no es necesario ser el más poderoso materialmente para ganarlas. Unos 30.000 guerrilleros, en Argelia impusieron la negociación de paz a su favor, frente a unos 600.000 soldados y policías especiales. La guerra de Indochina, que ya dura 20 años, indica que el hombre se muestra más decisivo que la técnica militar; en el curso de una campaña, hace tres años, los guerrilleros del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, luchaban por grupos no superiores a una sección;hoy combaten por regimientos volantes, que aparecen y desaparecen, utilizando la noche como su mejor aliado estratégico. En la guerra revolucionaria, la invisibilidad nocturna garantiza la sorpresa y protege más que el blindaje: el hombre utiliza así algo gratuito, cosa que no puede hacer la técnica, que no puede asegurar la sorpresa ni marchar por todo terreno.

La guerra del Vietnam (sin entrar en una gran batalla final que siempre la ganarían los norteamericanos, sin la intervención de China Popular) puede ser ganada mediante la estrategia de saber durar más moralmente que el enemigo.

El guerrillero practica la estrategia del alguacil: va comiendo poco a poco hasta llegar al fondo: todo está en el tiempo y éste trabaja para el bando con más reservas políticas. En este sentido, podría enunciarse la siguiente ley estratégica: una guerra específica es igual a la cantidad de fuerzas en presencia por ambos bandos; el bando más poderoso en fuerzas y técnicas necesita menos tiempo y menos moral; pero el bando más chico puede, sin embargo, ganar la guerra si sabe

durar en el tiempo sin perder su moral. Vemos, pues, que el hombre puede mostrarse más decisivo que la técnica si está bien dirigido, si tiene ideales por los cuales merezca sacrificarse y exponerse a morir.

Aislamiento de las ciudades

En el Vietnam, todo parecería encaminarse a un desenlace tipo Argelia. Las ciudades vietnamitas van siendo aisladas del campo. Con esta estrategia, sin entrar en grandes batallas, únicamente haciendo guerra a las comunicaciones, no se cumple la ley de la división del trabajo social, según la cual el campo provee alimentos a la ciudad y ésta a él, en productos manufacturados. En caso de guerra, si no se cumple esta ley, la ciudad puede durar menos que el campo, ya que está separada de la naturaleza; todo viene a ella por mercancía transportada. Aisladas las ciudades vietnamitas no podrán resistir la guerra prolongada, ni los norteamericanos podrán abastecerlas. Al naufragar en el vacío estratégico, el Pentágono está en una mala situación en el Vietnam, con bombardeos en masa o sin ellos, con armas atómicas o sin ellas...

Sabios principios de la guerra

Un ejército popular de liberación, que combina guerrillas en superficie con formaciones regulares de línea, uniendo infantería pesada equipada con morteros, bazookas y cañones sin retroceso con una infantería liviana (apta para combates rápidos, preferentemente de

noche), debe tal ejército practicar estos sabios principios eternos de la guerra:

1) Frente a la fuerza bruta de los blindados, la marina, la aviación, la artillería y las grandes unidades militares, el ejército popular debe utilizar la estrategia de usura del adversario por medio de la guerra prolongada, a fin de que la moral política del pueblo gane a la fuerza militar, a la técnica.

2) Hay que destruir al enemigo casi sin combatirlo, haciendo que sus planes se frustren constantemente perdiéndose así en el vacío, mientras el ejército popular toma la iniciativa en el lugar y el tiempo requerido, con superioridad de número, fuego, terreno y población favorable.

3) Nunca se debe aceptar combate contra un enemigo desplegado o fortificado, sino contra fuerzas adversarias aisladas del grueso, cansadas de marchas y desmoralizadas de tanto moverse en el vacío.

4) Jamás se debe atacar directamente al enemigo, sino maniobrarlo para operar contra él indirectamente, es decir, aparecer sorpresivamente en lugares que no pueda defender, lo cual exige una extrema movilidad o velocidad de desplazamiento nocturno para un ejército de liberación.

5) Hay que buscar siempre el punto débil del adversario volcando ahí todo el número y el fuego para decidir el combate rápidamente, pues una victoria rápida vale por dos, para un ejército sin aviación, artillería, blindados y medios de transporte. Una vez terminado el combate, se debe efectuar el repliegue a ritmo acelerado, a fin de evitar la persecución del ene-

migo con el grueso de sus fuerzas.

6) La dialéctica de la guerra enseña que para ser fuerte en un punto, hay que no aferrarse a la defensa del espacio. El arte de la guerra estriba en eludir lo fuerte, golpeando lo que es débil.

7) Cuando un enemigo marche en línea recta, se debe tomar la línea curva y a pesar de ello, hay que llegar al final de la marcha de éste antes que él, aún habiendo partido después de él. Tal es el arte magistral de la desviación, para emplear la estrategia de efecto indirecto, sin ataque frontal, que nunca debe ser empleado por un ejército popular de liberación contra un poderoso ejército regular.

8) Nunca se debe rodear a un enemigo poderoso, si no se tiene fuerza suficiente para aniquilarlo, pues habría que dejarle una salida. Un ejército revolucionario debe morder para arrancar el bocado, no para retener al enemigo.

9) Cuanto más lento sea el enemigo, hay que esforzarse por ser más y más rápido, a fin de escapar a sus cercos y persecuciones: la velocidad en la guerra suple la cantidad de fuerzas, si se las mueve rápidamente en tiempo y espacio. Con velocidad de marcha, se puede atacar siempre en lugares inesperados por el adversario, desprevenidos, maldefendidos.

10) En la estrategia se debe saber durar más que el enemigo, lo importante es obtener fáciles y pequeñas victorias, que sumadas una a una darán la victoria final. Para lograr la desmoralización del adversario, nada mejor que obligarlo permanentemente a cambiar sus marchas, planes y propósitos, sin que sufra el ejér-

cito revolucionario ningún desgaste, daño o perjuicio.

11) Cuando el enemigo esté concentrado en un punto, hay que desplazarse rápidamente a sus puntos desguarnecidos, a fin de librar una batalla implacable de efecto indirecto: pues sólo se es fuerte donde el enemigo es débil, en la dialéctica de la guerra.

12) Un ejército popular revolucionario, jamás debe dejarse cercar y entregarse: siempre puede romper el cerco en un ataque nocturno. Para ello, no hay que defenderse –en el cerco– a la vez en todos los puntos circulares de presión, sino que hay que concentrarse en un solo punto, para cercar en el cerco, para morder la tenaza en el lazo de acero.

13) En una guerra revolucionaria, cuando la masa urbana sea mayor que la masa rural, el centro de gravedad de la lucha debe descansar en las luchas urbanas: las grandes ciudades son bosques enormes de cemento, donde se pueden emplear correctamente todos los artificios dela guerra de guerrillas. Pero, tanto en poblaciones predominantemente rurales como urbanas, siempre la guerra revolucionaria, para lograr la victoria, debe descansar en la alianza obrera y campesina, a fin de que el ejército revolucionario pueda moverse en tiempo y espacio arrebatando la iniciativa al enemigo. Y cuando éste se halle volcado en el campo debe decidirse la lucha en la ciudad por un ataque general a su retaguardia, o mejor dicho, combinando la guerra de campo y de ciudad, para que el adversario se encuentre cercado.

CAPITULO IV

LA ESTRATEGIA DE LA GUERRA URBANA

Combate sorpresivo, móvil, rápido y breve, sin fijarse nunca a gruesas barricadas

Cada régimen de producción tiene su ley de población: el esclavismo distribuyó relativamente la población entre ciudades y campos; el feudalismo polarizó las masas humanas hacia el borde de los castillos; el capitalismo ha concentrado la población en las ciudades industriales, comerciales y administrativas, a expensas de la despoblación del campo. Donde el capital se acumula y centraliza, allí van sus servidores: los obreros alienados en su salario.

En las grandes urbes industriales, hay toda una masa humana determinada por la dictadura del capital privado: trabajadores en activo, jubilados, desocupados (ejército de reserva a disposición del capital), empleados y toda una serie de subproletarios y clases medias. Al concentrarse y acumularse el capital privado lo hace bajo la dialéctica de desposesión, como productores directos, de miles de artesanos, pequeños productores, campesinos y otras víctimas de la producción capitalista. Así, pues, cada día quedan menos capi-

talistas, pero más poderosos. Las grandes empresas monopolistas han surgido de la liquidación de muchos capitalistas pequeños y medianos, que no pudieron sufrir la ley de la competencia en el mercado. En la dialéctica del capitalismo, la centralización del capital lleva implícita, a su vez, la concentración de un vasto proletariado;la burguesía crea así a sus propios enterradores: los proletarios, desposeídos de sus medios de producción por ella.

Los grandes complejos industriales y urbanos de Londres, Nueva York, Amsterdam, Lieja, Rhin - Man, Manheim-Ludwigshafen, Linz, Barcelona, Bilbao-Asturias, Nápoles, Turín, Amberes, Sao Paulo, Buenos Aires, Rosario-San Nicolás, Calcuta, Madrás y otros, han concentrado enormes masas proletarias tras la polarización regional o urbana del capital. Todos estos complejos regionales económicos y demográficos, han sido mal estudiados económica, demográfica y estratégicamente. Si en un país el 70 % de la población es urbana, la demografía y la economía deben condicionar las leyes específicas de la estrategia de la guerra revolucionaria: el centro de gravedad de la misma nunca deberá estar en las montañas ni en las aldeas, sino en las ciudades más grandes, donde las masas abundan para formar el ejército de la revolución. En tales casos, el campo ha de dar cobertura a la ciudad por medio de milicias locales clandestinas (grupos de auto-defensa) que trabajan de día y combaten de noche, alentados por un programa de reforma agraria que dé la tierra a los que la trabajan.

Hacia 1960, los máximos exponentes de la civiliza-

ción urbana eran las siguientes ciudades (en millones de habitantes): Nueva York 15; Tokio 10; París 8, 1; Londres 8; Los Angeles 6, 7; Chicago 6, 2; Calcuta 5, 9; Bombay 4, 9; México 4, 3; Filadelfia 4, 3; Detroit 3, 8; Sao Paulo 3, 7; Buenos Aires 3, 7; Río de Janeiro3,3; Madrid 2; Roma 2, 1; Nápoles 1, 1; Estocolmo 1, 1; Montevideo 1, 1.

Algunas urbes de países subdesarrollados como Buenos Aires y Montevideo tienen, respectivamente, más del 30 %, y 50 % de la población total del país. Las capitales de estos países, incluyendo sus zonas suburbanas, constituyen un bosque de casas, extendido sobre kilómetros. En cambio, tierra adentro del país, en el interior, las estancias tienen mucha población animal, pero muy poca población humana: menos por kilómetro cuadrado que en la Edad Media europea. El latifundio ganadero echa al hombre de campo y lo sitúa en las "villas miseria" de las ciudades. Al contrario, el monopolio capitalista concentra en las ciudades a los obreros, extraídos del campo entre la población marginal. Estratégicamente, en caso de una revolución popular, en un país de alto porcentaje de población urbana, el centro de gravedad de la guerra revolucionaria debe estar en la ciudad; pero en base a combates sorpresivos, móviles, rápidos, con superioridad de fuego y de número en un punto y no en todos, no haciendo nunca resistencia firme tras gruesas barricadas como no fuere para llamar la atención del enemigo en un punto. transitoriamente, para luego atacar con la mayor parte de las fuerzas revolucionarias sobre el punto más desguarnecido o débil, en la ciudad.

En los países con mayor porcentaje del 50 % de población urbana (72 % Argentina y 84 % Uruguay), la lucha revolucionaria no debe ser preferentemente en montaña y campo, sino guerra urbana: pues donde está la población reside la revolución. En las provincias sin densidad de seres humanos, hay posibilidades de crear cientos de incidentes, para atraer parte de las tropas del enemigo (cuanto más mejor) por medio de cientos de acciones guerrilleras, a fin de que cuando esté en dispersión, en todo el territorio nacional, se venza por la concentración del ejército revolucionario sobre las ciudades, en su retaguardia.

Para alcanzar la victoria sobre un ejército poderoso, pero que es odiado por la población, hay que dispersarlo; llamarlo aquí y allá, venciéndolo en pequeñas batallas, en campo apropiado a la guerrilla urbana, hasta que la población en masa vaya estando en contra de él; que una parte de ella esté encuadrada en el ejército de liberación, escalones regionales y grupos de autodefensa (guerrillas locales).

Todo régimen de producción tiene su ley de la división social del trabajo que dispersa, en tiempo y espacio, los medios de producción y las poblaciones, es decir, el capital disponible. La ciudad, regularmente produce manufacturas y maquinarias para el campo, recibiendo a intercambio alimentos y materias primas. Si la guerrilla rural rompe las comunicaciones entre ciudad y campo, mediante sabotajes nocturnos, los alimentos y materias primas dejan de afluir normalmente a la ciudad. Corresponde a la estrategia quebrar el funcionamiento de la ley de la división social del

trabajo, es decir, el intercambio ciudad y campo; pues la ciudad, sin alimentos, es un mundo que se desploma, mientras que el campo puede resistir más sin recibir normalmente las manufacturas producidas en las ciudades. Consecuentemente, ni aun en países de fuerte porcentaje de masa urbana demográfica conviene hacer la guerra revolucionaria sin maniobrar estratégicamente con el campo: la unidad del obrero y del campesino es revolucionariamente esencial.

Estrategia y población urbana

En países con elevada tasa de población urbana, en que el régimen económico es concentracionario sobre una, dos o tres ciudades, la guerra revolucionaria debe ser preferentemente urbana, sin por ello despreciar la cooperación de las milicias rurales, cuya finalidad estratégica es atraer una parte de las fuerzas militares urbanas, a fin de mantener la iniciativa el ejército de liberación.

Si en un país de una, dos o tres "megápolis", como Argentina y Uruguay, donde las masas humanas están en las ciudades, se optara por la guerra revolucionaria de campo y montaña, tal estrategia absurda pondría el carro delante de los bueyes, conduciendo finalmente a la derrota, o a una guerrilla montaraz que no pasaría de un "picnic", propio de Tartarín de Tarascón.

Cuando en un país el suburbio cuenta con más del 50 % de la población total del país, 82 % de los capitales, 83 % de la masa obrera y asalariada, 67 % del valor de la maquinaria, 84 % del valor de la produc-

ción, la mayor parte del transporte, de las reservas bancarias y de la economía del país. Buenos Aires respecto de Argentina, representa más o menos el 70 % de los capitales, el movimiento bancario, el consumo de energía, el transporte, la industria, el comercio y, en general, la mayor parte de la economía argentina. Santiago de Chile, Lima, Río de Janeiro, México, Bogotá y otras capitales de países latinoamericanos no concentran tanto poder económico y demográfico como Buenos Aires y Montevideo respecto del resto del país. Sao Paulo es una gran ciudad industrial, un gran centro urbano, pero al borde de un continente, cosa que no sucede con Montevideo, y Buenos Aires, en menor cuantía que en Sao Paulo. La guerra revolucionaria es preferentemente rural en Brasil, pero tiene su centro de gravedad en las ciudades rioplatenses. Brasil es un país para hacer la guerra campesina contra una enorme masa de tropas contrarrevolucionarias, mientras que Uruguay y Argentina deben batirse en forma de guerra urbana prolongada y sobre el principio de muchas y pequeñas victorias que, sumadas una a una, den la victoria final.

En un país en que el 70 % de la industria, el capital, el comercio marítimo, los transportes, la energía, las comunicaciones y las masas humanas corresponden a dos o tres ciudades, la estrategia de la guerra revolucionaria reside esencialmente en las urbes y sus periferias conectadas con la guerra campesina, ya que ésta tendría la misión de distraer y dispersar fuerzas enemigas, para permitir al frente urbano revolucionario un ataque masivo en la retaguardia, cuando las

poblaciones estén dispuestas a la lucha en masa, para tomar los cuarteles como Petrogrado en 1917, Madrid en 1936 o París en 1870-71. Un cuartel no debe ser asaltado hasta que no haya más pueblo delante de sus puertas que armas dentro de él.

Cuando un país está integrado por grandes complejos industriales regionales o por una gran capital y su suburbio, con poca población rural, sería poco estratégico llevar el epicentro de la lucha revolucionaria al campo, como hacían los campesinos en la Edad Media. La estrategia no la crean ni los genios ni los generales, sino el desarrollo de las fuerzas productivas, la lógica de los hechos y las fuerzas históricas. Si las masas urbanas se hallan sin trabajo y descontentas no es cuestión de llevarlas a manifestaciones callejeras para que las pisoteen los caballos de la policía, hay que centrarlas en secciones de guerrillas que actúen, aquí y allá, sorpresivamente, con superioridad de número y de fuego, para desarmar a los agentes de la autoridad que vayan dispersos. De esta manera, el ejército de liberación crece y el ejército de la represión decrece. Todo ello en una guerra supermóvil, sin clavarse en las gruesas barricadas. Al contrario, vale más desarmar a un agente enemigo que detener a mil de ellos frente a una barricada, donde se gasta material, municiones y hombres que no se recuperan. Del adversario mejor es quedarse con una uña que hacerlo correr. Luego se le quita un dedo; después otro y otro dedo; luego toda la mano; después las dos manos; luego un pie; después los dos pies; y finalmente, sin defensas, un gigante se rinde a un enano. Goliat fue vencido

por David, no por la fuerza sino por la astucia y la destreza: el gigante confiaba en sus brazos, pero la honda de David lo mató a distancia justamente porque el gigante lo dejó aproximarse creyendo ciegamente en su victoria.

¿Batalla grande o campaña larga?

En la guerra de ciudad, a menos que todo un pueblo se haya levantado en armas, no deben ser lanzadas escasas fuerzas revolucionarias a la toma de cuarteles, arsenales y grandes objetivos. Mejor es ir decantando, con pequeñas y sostenidas acciones, el espíritu revolucionario del pueblo, hasta que éste pida entrar en batalla, o más bien hasta que no haya neutrales en la guerra revolucionaria, luego de una campaña de pequeños y continuados combates.

Las batallas tipo Stalingrado o de El Alamein son propias de ejércitos nacionales poderosos o de coalición de naciones. Un revolucionario, que actúa como comandante en jefe del pueblo insurreccionado, jamás entrará en una gran batalla como el levantamiento de Varsovia contra las tropas de Hitler, para quedarse de objetivo militar de las armas pesadas enemigas. Tal estrategia, propia de generales burócratas, siempre conduciría a la derrota del pueblo en armas.

Las batallas homéricas, como la de la Comuna de París en 1871, no deben darse dentro de la ciudad, sino en forma de pequeños y numerosos combates fuera de ella y en ella, para desgastar al adversario lentamente, esperando a que se trastroque la correlación de

fuerzas en presencia, en forma favorable. Entrar en la gran batalla urbana, frente al poderío yanqui combinado con sus servidores cipayos, es más propio de una entrega que de una verdadera estrategia revolucionaria. Los vietnamitas, en 1965, tenían más de 50 ciudades cercadas y desconectadas de sus zonas rurales de abastecimientos; pero no las liberaban totalmente, ya que ello facilitaría el bombardeo norteamericano sobre ellas, conduciendo, apresuradamente, a la guerrilla a una guerra de posición, no de movimiento, sino de defensa estática.

Un comandante revolucionario no debe caer en los mitos de la estrategia clásica, que lo supeditaba todo a la conquista del espacio. En la guerra revolucionaria el objetivo estratégico fundamental no es el espacio; lo que cuenta positivamente es tener la gente, no el terreno. Consecuentemente, no hay que retener un espacio fijo, mientras un enemigo poderoso, que haga la guerra en tres dimensiones (aire, mar y tierra), o en cuatro dimensiones (armas atómicas y cohetes con cabezas nucleares), pueda lanzar todos esos medios sobre una posición estática. Cuando el adversario se dé cuenta de que la bomba atómica no la puede gastar para matar una hormiga, porque costaría muy caro, cuando no le den resultado sus armas pesadas y sus grandes unidades, los soldados revolucionarios liberarán las ciudades. Entretanto, hay que hacer una guerra móvil, sacando incluso mucha tropa popular de las ciudades hacia las campañas, para insurreccionarlas. El error estratégico del coronel Caamaño, durante la rebelión de Santo Domingo en 1965, estribó en lo si-

guiente: durante el primer y segundo día de su "golpe de Estado" debía apresurarse a derrotar al enemigo interno; pero como a los tres días desembarcaron los "marines" norteamericanos, cambiando así la correlación de fuerzas en presencia desfavorablemente para Caamaño, éste tenía que haber enviado parte de sus fuerzas, rápidamente, al interior del país. De esta manera, los norteamericanos no hubieran podido cercarle en su reducido perímetro de la ciudad. Si los caamañistas hubieran controlado el interior del país, los yanquis habrían tenido que negociar con ellos o aceptar una guerra revolucionaria prolongada como la del Vietnam, para la cual no habrían tenido suficientes fuerzas morales y políticas los norteamericanos, ni frente a las masas latinoamericanas, solidarias con Caamaño, ni ante su propio frente interno, en los Estados Unidos.

Un comando revolucionario, que no cometa faltas estratégicas, deberá obrar como en Madrid (1936) o en Petrogrado (1917), siempre que el pueblo esté en la calle y las fuerzas militares divididas. Renunciar a la toma de una ciudad, cuando nada resiste en ella fundamentalmente, sería absurdo, contrario a las leyes más elementales de la estrategia. Si una vez tomada la ciudad o ciudades, el enemigo las bombardeara habrá que defenderlas, pero sacando parte de sus poblaciones al campo. Este tipo de revolución se hace desde la toma instantánea por el pueblo de las ciudades hasta la intervención extranjera. Si el invasor entrara en una ciudad o ciudades se contestará a su acción de masa no defendiendo a fondo una posición estática,

sino pasando a formaciones livianas y guerrilleras que en combates nocturnos diezmen a las tropas ocupante o en emboscadas diurnas, cuando el terreno se prest para ello. Lo importante es conservar la moral del pueblo: frente a una batalla grande y demoledora del enemigo, con lujo de armamentos y fuerzas, no hay que clavarse al terreno, sino moverse en el espacio en forma de guerra revolucionaria. Hay que renunciar a todo, menos a la victoria.

En la Comuna de París el enemigo vencedor recogió 400.000 fusiles y unos 1.500 cañones. Con ese material, bien distribuído en el interior del país y en París, la victoria hubiera sido de los comuneros y no de los versalleses. Por consiguiente, la Comuna de París fracasó estratégicamente y políticamente: no supo tener una política campesina y de coordinación de las fuerzas de las demás comunas de provincias. En una revolución es fundamental la Alianza Obrera y Campesina. El peón de campo debe aceptar la ayuda del obrero urbano para conseguir la tierra, que sólo no puede lograr sino eternizarse como paria. El obrero necesita al campesino para que haga guerra a las comunicaciones, sabotajes, golpes de mano y asalto de convoyes, al enemigo. El campesino debe estar encuadrado en la organización territorial, en los grupos regionales o provinciales para-militares (que combaten en sus zonas) y en los grupos de auto-defensa (que combaten en sus propias localidades), trabajando de día y combatiendo de noche. En unir la ciudad y el campo, bajo una misma dirección estratégica de guerra revolucionaria, reside el secreto de la victoria. No hay que empeñarse

en una guerra exclusivamente campesina ni en una guerra singularmente urbana: el campo debe abrir perspectivas a la ciudad y ésta al campo. Ni la estrategia de las guerras campesinas clásicas (dispersa y desconectada entre regiones y comarcas), ni los levantamientos urbanos de tipo de Varsovia, dan al pueblo la victoria: el campo y la ciudad deben ser articulados estratégica y políticamente en la guerra revolucionaria por medio de un Estado Mayor y de un comandante en jefe.

CAPITULO V

EL ARTE DE HACER LA GUERRA

Sólo cuando el Estado nacional está en plena decadencia, cuando las clases explotadoras están llenas de lacras morales, de vicios, y de ambiciones manifiestas; cuando los funcionarios de toda índole se corrompen cuando el descontento popular se hace evidente; y cuando seguir con "el estado de cosas imperante" se hace ya para el pueblo insoportable, es cuando la guerra de liberación nacional comienza a madurar, psicológica y políticamente, porque sus condiciones objetivas y subjetivas, es decir dialécticas, están dadas en el espíritu popular y en las contradicciones jurídicas, sociales y económicas de una sociedad decadente y corrompida.

Ahora bien, al comenzar una guerra revolucionaria el ejército popular tiene pocas dimensiones militares, le faltan agilidad, potencia de fuego, capacidad de maniobras; y quizá lo único con que cuente, en principio es con entusiasmo y mucha moral en los cuadros de mando y en los soldados que suplen la falta de material bélico para aguantar con la defensiva elástica los primeros choques frente a un enemigo mejor armado. Cuando el adversario es más fuerte que el ejército popular de liberación, la estrategia de éste ha de basarse

en la movilidad, la utilización del terreno y en las maniobras rápidas para escapar así a los cercos repetidos que tiende el enemigo para destruir al E.P.L. en una sola batalla. La estrategia del período crítico estriba en escapar a los cercos del enemigo; tal es el secreto del triunfo en las primeras batallas y en la última, que forma una continuidad concatenada con las primeras, como las partes que interdependan en un todo; así, pues, en el principio de una campaña está ya el fin y viceversa.

En la primera fase del E.P. de L. pudiera ocurrir que no se enfrenten ni siquiera un ejército contra otro, sino un puñado de guerrilleros contra un ejército; y un grupo de dirigentes políticos contra un estado organizado. Ahora bien, el día en que el E.P. de L. defienda una región comenzará la lucha entre dos ejércitos y entre dos Estados; pero esta etapa no debe ser acelerada ni retardada. El éxito de la constitución de un ejército y de un Estado revolucionario depende de la cantidad de fuerzas, de la importancia industrial y agrícola de la región ocupada, de su contorno geográfico, que deberá ser muy montañoso y falto de comunicaciones (en China: la región de Yunan, en hispanoamérica: Bolivia, Ecuador, Colombia y otros "glacis", donde no pueden llegar las escuadras y los ejércitos imperialistas). Hablamos, pues, de una guerra en campo abierto y no de un golpe de Estado audaz ejecutado por sorpresa en una gran ciudad, lo cual supone una estrategia completamente diferente.

La segunda fase de la guerra comienza con la constitución de un ejército regular (seguido de la existen-

cia de un movimiento guerrillero en territorio enemigo) y de la organización de un Estado. Durante ésta fase, la ofensiva rápida y la defensiva elástica deben ser combinadas indistintamente, a fin de llevar al enemigo a un terreno y a unas campañas que él no elija ni determine.

La fase superior de la guerra alcanza su punto culminante, cuando el movimiento guerrillero se ha integrado en el ejército de grandes unidades para librar batallas de aniquilamiento del enemigo. Cuando empiezan las grandes batallas -y en ellas pierde el enemigo lo mejor de sus unidades y grandes cantidades de material y enormes extensiones de terreno- debe practicarse una guerra a base de lograr la superioridad en hombres y en material; puesto que, en cada derrota del enemigo, el E.P. de L. se habrá abastecido con el botín capturado de armas de todas clases. Durante la campaña final de la guerra, las batallas de aniquilamiento constituirán la mejor intendencia para el ejército propio por la cantidad de botín que ellas proporcionarán al E.P. de L.

En la primera fase de la guerra de liberación -durante algún tiempo- "la intendencia la tiene el enemigo" y por tanto hay que saber atacarlo para abastecerse a costa de sacrificar pocos hombres. En esta fase y en la segunda, el E.P. de L. no debe dejarse llevar del aventurerismo de los jefes revolucionarios que pecan de extremismo infantil o de derechismo anacrónico. Los ataques por sorpresa (así como su duración) deben ser precalculados racionalmente a fin de retirarse a debido tiempo, pues de lo contrario una magnífica

victoria podría convertirse en una gran derrota o a lo sumo en una victoria pírrica.

En consecuencia, la dirección de la guerra global debe estar en manos de un Partido de Liberación y de los militares leales e identificados con los objetivos políticos de ese Partido, tanto en el aspecto social como en el económico y en el militar. Por tanto, la guerra global debe ser dirigida por un Estado Mayor político-militar (estrategia); en cambio la guerra local (táctica) tiene que ser planificada por el E. Mayor aunque dejando un amplio margen de autonomía a los jefes militares de pequeñas y grandes unidades para que éstos, en todo momento, se adapten a su situación táctica, sobretodo, en la primera fase de la guerra de liberación: guerra guerrillera y de frentes discontínuos.

CAPITULO VI

LA DIALECTICA DE LA GUERRA

Un ejército está compuesto de partes que integran un todo. Alguna de estas partes pueden ser destruídas en el curso de algunas campañas, pero si se sabe hacer la guerra estratégicamente, el ejército nunca será aislado para ser aniquilado. Por tanto, la filosofía de la guerra aconseja no entrar nunca en una batalla problemática: hay que entrar en una batalla decisiva o en una operación cuando se está seguro del triunfo, mediante el conocimiento de la dialéctica de la guerra. Del mismo modo, no debe desencadenarse una insurrección armada contra el Estado burgués o semi-feudal si no están dadas las condiciones revolucionarias objetivas y subjetivas, es decir, si no opera todavía a favor del movimiento revolucionario la contradicción principal y la mayor parte de las secundarias en presencia.

Mientras un ejército revolucionario no es poderoso, por su cantidad de tropas y su material de guerra, su estrategia primordial estriba en realizar operaciones ofensivas y defensivas que proporcionen, diariamente, pequeñas victorias a las fuerzas propias y pequeñas derrotas al enemigo. Esta estrategia debe practicarse, rigurosamente, hasta que la correlación de las fuerzas

en presencia sea favorable al Ejército Popular de Liberación. Durante la primera fase de la guerra anti-imperialista hay que evitar ser blanco de las armas pesadas enemigas y para ello, no hay que quedarse de objetivo militar pegándose al terreno. Contra la táctica del enemigo, que quiere aniquilar al E.P. de L. en una sola batalla, hay que recurrir a la estrategia de obligarlo a combatir en muchas y pequeñas batallas que debe perder hasta cansarse y desmoralizarse.

Debe evitarse, por todos los medios, lograr éxitos tácticos que constituyan, a la larga, derrotas estratégicas. Por ejemplo la operación Teruel –desencadenada por los republicanos contra los franquistas– fue, inicialmente, un triunfo táctico; pero, posteriormente, se convirtió en una derrota estratégica de gran significación, ya que los franquistas, en su contraofensiva, cortaron el territorio republicano en dos frentes: el del centro-sur y el de Cataluña-Aragón. Y es que en una guerra política no todo se decide por las armas, precipitadamente, al modo de las ofensivas sistemáticas de los países imperialistas.

Las tropas y el material gastados por los republicanos españoles en las ofensivas de Teruel y en la batalla del Ebro, los dejaron agotados y por tanto, a merced del enemigo que pudo, así, ganar la última batalla por extenuación del adversario. El error estratégico de estas dos operaciones estriba en que los republicanos no debían acelerar la terminación de la guerra decidiéndola precipitadamente por las armas, pues lo que importaba, estratégicamente, era ganar tiempo hasta que Europa tuviera que entrar en la guerra general, a fin

de que los republicanos contaran a su favor con la contradicción democracias-países totalitarios.

Para ganar tiempo, la estrategia imponía la doctrina de la economía de fuerzas, incluso recurriendo, si preciso hubiera sido, a la creación de un frente discontinuo de grandes y pequeñas unidades guerrilleras. En este sentido, la guerra no puede ganarse hasta que no maduran las condiciones internas y externas que le son inherentes: aspectos económicos, diplomáticos, sociales y políticos que sean contrarios al triunfo del adversario y favorables a la causa propia.

Entre naciones de gran poderío industrial cabe la estrategia de la ofensiva sostenida o de la "guerra relámpago" a base de librar grandes batallas; pero entre una nación subdesarrollada y una nación industrializada, la guerra tiene que tener una estrategia diferente que entre los países imperialistas.

Un país débil que lucha contra uno fuerte tiene que hacer una guerra maniobrera basada, en principio, en armas ligeras de gran capacidad de fuego y movilidad. Las ofensivas del E. P. de L. han de hacerse después de que el servicio de información, en campo enemigo, indique, con precisión rigurosa, las zonas más vulnerables, aisladas, dispersas y confiadas del enemigo. Hay que operar, en principio, contra tropas provistas de artillería anticarro para apoderarse de esas armas y emplearlas luego, con ventaja, contra el enemigo; pues contando con "bazookas", con minas plásticas anticarro y con artillería antitanque, se pueden obtener grandes éxitos militares sobre un ejército mecanizado como el ejército norteamericano. La guerra de

Corea y de Viemam son una buena prueba de esta táctica que permite batirse ventajosamente frente a un enemigo más poderoso que el ejército propio en material de guerra, pero que su propia pesadez le impide moverse ágilmente sobre el terreno.

Para maniobrar sobre el terreno, las tropas propias deben aprovisionarse con una impedimenta ligera, mientras que el enemigo (como en el caso de los yanquis), está paralizado por sus irresolubles y engorrosos problemas de logística. Cuando se opera contra un ejército como el yanqui, el logro de una sola victoria resuelve, por algún tiempo los abastecimientos de alimentos, armas, municiones y otros problemas de intendencia militar y civil. En este sentido, la industria de guerra y la intendencia del E. P. de L. la tiene, en principio, el enemigo. Esta verdad condiciona los éxitos de las primeras operaciones del E. P. de L.; olvidarla es crearse contradicciones económicas y estratégicas irresolubles en campo propio.

En la guerra, en buena estrategia, hay que resolver todos los aspectos particulares de los distintos frentes, teniendo siempre en cuenta una visión de conjunto de las operaciones; pero, sobretodo, como preparación moral, el E.P. de L., ha de comer poco y marchar mucho, ahorrar municiones y comida; hay que dominar el hambre como la mejor arma secreta a esgrimir contra un enemigo rico y poderoso.

La resolución de los problemas estratégicos y tácticos -que se presentan en una campaña de liberación anti-imperialista- requieren, en síntesis, tener en cuenta estos principios estratégicos.

-Oponerse a todo espíritu de aventura tendiente a realizar operaciones ofensivas impremeditadas, o a la estatización y la pasividad en toda la línea de los frentes, porque ello conduce a la derrota.

-Desechar la estrategia de decisión rápida de la guerra, oponiéndose a las campañas largas y recomendar al Estado Mayor la práctica de una guerra larga, en cuyo desarrollo debe haber muchas campañas cortas de decisión rápida.

-Practicar una guerra de frentes móviles, y nunca de posición en frentes estables y contínuos, y particularmente, durante la primera y la segunda fase de las guerras de liberación.

-Poner siempre en fuga al enemigo, sin empeñarse ciegamente en su total aniquilamiento, pues la guerra no se gana en una batalla, sino en varias, que van rompiendo la moral del adversario y afirmando a la par la de las tropas propias.

-No enfrascarse en una estrategia dual que persiga ataques en dos direcciones, sino una acción única y en una dirección única.

-En la época de los ejércitos guerrilleros de liberación y en la fase de liberación de ciertas regiones de un país, las retaguardias deben ser muy ligeras, pues ello facilita la ofensiva y la defensiva indistintamente.

-Centralizar en el Estado Mayor la decisión estratégica, pero dejando a los mandos, de pequeñas y grandes unidades, una gran autonomía para que se adapten, en todo momento, a su situación táctica más conveniente para la economía de sus fuerzas y para el logro de sus objetivos inmediatos y posmediatos.

- El E. P. de L. debe constituir un permanente medio de propaganda y de organización política, en las regiones donde reciba o por donde pase. Para ello debe ayudar a los campesinos, a los obreros, y a todos los patriotas honrados a castigar, implacablemente, las manifestaciones de militarismo despótico en sus propias filas y a exterminar todo brote militar que tome la forma de bandas errantes del E. P. de L.
- El E.P. de L. ha de castigar implacablemente el bandidismo propio y el ajeno y practicar una estricta y necesaria disciplina militar, sin que ella dé lugar a erigir mandos que se conviertan en señores de la guerra; en caudillos y en caciques, tanto en el E.P. de L. como en la política.
- El E.P. de L. debe ser eminentemente democrático y ha de predicar con el ejemplo, para ir ampliando sus filas, repartiendo la justicia, acabando con los señores feudales y con las burguesías vendidas al imperialismo y liberando a los obreros, a los campesinos y al pueblo progresivo.
- Los cuadros del E.P. de L. tienen que ser flexibles, muy preparados políticamente, poco sectarios y sagaces dialécticos en la política y en la guerra.
- El Partido que dirija un movimiento de liberación nacional ha de procurarse aliados en todas partes: en las clases sociales progresistas -pues el uso y abuso del terror pueden conducir a una psicología de abatimiento en la retaguardia y en los cuadros del movimiento de liberación.
- El E.P. de L. ha de progresar, día a día, aumentando siempre sus efectivos, corregir sus errores y cose-

char siempre nuevas enseñanzas. Los cuadros militares han de esforzarse por salir de su nivel primitivo pasando contínuamente a un nivel táctico y estratégico superiores para llegar así a una comprensión racional de la política de guerra y de la dialéctica de la guerra que dejen poco al azar en la preparación de las operaciones militares.

En la guerra hay que tener siempre en cuenta la interacción entre las fuerzas propias y las enemigas, entre las operaciones y las campañas y entre el reposo y el ataque (concentración, dispersión, ataque y defensa, avance y retirada, ataque principal y ataque de dispersión, etc.). Hay que hacer la guerra coordinando las operaciones que lo cubren todo (ejército regular) y las operaciones descentralizadas (ejército guerrillero operando en zona enemiga); hay que sincronizar la guerra de posición y la de movimiento; la de decisión rápida y la de entretenimiento; hay que armonizar la acción entre las grandes unidades y las pequeñas, entre los cuadros de mando y las tropas, entre los veteranos y los soldados bisoños, entre las regiones propias y las enemigas, entre las zonas que fueron propias y ya no lo son y entre las regiones fronterizas y marítimas con el interior; hay que utilizar militarmente –a su debido tiempo– las regiones frías y las calurosas, en la lucha contra el enemigo; hay que planificar el trabajo militar y el trabajo político, puesto que, en una guerra político-militar, ello es fundamental para el logro de la victoria; y en fin, hay que esquematizar ordenadamente las tareas ya cumplidas y las que falte por cumplir, que deben ser previstas, dialéctica-

mente, para no adelantarse ni retrasarse en la consecución de los objetivos principales y los secundarios.

CAPITULO VII

DE LA BATALLA DE MADRID A LA DE SANTO DOMINGO

La estrategia revolucionaria en las grandes urbes

La estrategia la crean siempre los pueblos; nunca es obra de los generales;pues un pueblo, una civilización, una sociedad o una nación sólo se plantean lo que pueden resolver. Los generales hacen las guerras según están ya definidas y planificadas en los reglamentos tácticos de las pequeñas y grandes unidades; pero como ninguna guerra se hace con la misma estrategia que otra, resulta que los generales sólo llegan, cuando más, a la gran táctica (empleo de grandes unidades); no son creadores de la estrategia, ya que ésta es la guerra total, la política general por medio de la violencia, tanto en una guerra nacional o imperialista como en una revolución social. En este sentido, pudiera decirse que la guerra es un medio para la política, entre las naciones, y para las luchas de clases profundizadas hasta sus últimas consecuencias políticas y sociales (revoluciones).

Algunos estrategas con uniforme razonan sólo a la escala de la logística (tonelaje de abastecimientos militares) o de la mera táctica militar, sin tener en

cuenta los factores morales, políticos, el tiempo y el espacio sobre el cual se realiza una campaña y la movilización de las poblaciones, a favor o en contra de una guerra o de una revolución. Solamente la política es capaz de imprimir a la guerra o a la revolución social una estrategia unificada en los frentes de lucha diplomática, social, economía de guerra, alianzas de clases en un frente unido revolucionario y de elaborar una doctrina estratégica, apropiada a cada clase de guerra específica. En Vietnam, el pueblo que lucha contra el imperialismo yanqui y sus "títeres" del frente interno, ha descubierto una estrategia de frentes discontínuos que coloca, delante y detrás de las fuerzas norteamericanas y de sus adláteres, formaciones que toman de frente y de revés, en "sandwich", a un enemigo poderoso, que con todo su poder logístico de tanques, aviones, cañones, portaaviones, helicópteros y escuadras de bombardeos pesados y livianos, no puede, sin embargo, decidir la guerra, en el tiempo deseado por los generales del Pentágono.

La guerra revolucionaria en el Vietnam combina perfectamente las líneas interiores y las líneas exteriores del frente insurreccional popular, a fin de que el enemigo no tenga posible retaguardia, sino todo frente, sin posibilidad de "pacificación" a la moda de la diplomacia del dólar. La estrategia de uniforme es insuficiente, se reduce a la logística y a la táctica; pero es muy débil en política, en la propaganda efectiva (aunque gasta millones de toneladas de papel) y en el frente internacional, particularmente en los países del "Tercer Mundo" (el 70 % de la población mun-

dial). La lucha contra el imperialismo se transforma en una acción revolucionaria de signo internacional. Ello indicaría que la segunda mitad del siglo XX será la de las grandes revoluciones, así como la primera mitad ha sido la de las guerras mundiales. Llega un momento en que las guerras imperialistas se transforman, dialécticamente, en su contrario: revoluciones socialistas.

Las 3.300 bases o puntos estratégicos de apoyo que tiene esparcidos por el mundo el Pentágono, lo comprometen en muchos sitios a la vez, como "gendarme" represivo de los movimientos de liberación. La posición mundial delimperialismo yanqui lo obliga a gastar de 1 dólar de ingreso al presupuesto estadounidense casi 70 centavos en gastos militares y paramilitares. Pero tales gastos bélicos tienden a reforzar las "inversiones directas" de Wall Street en los países afro-asiáticos y latinoamericanos y las "inversiones indirectas" (adquisición de valores) en los países capitalistas europeos. Gracias a todo ello, los Estados Unidos disfrutan casi del 50 % del ingreso bruto del "mundo libre" o esclavizado por la "diplomacia del dólar".

Se van acercando los años decisivos, en el siglo XX, para una revolución social anticapitalista. El imperialismo yanqui está probando en el Vietnam del Norte (país socialista), la violencia más sanguinaria y cruel, mientras practica la coexistencia con la URSS. Estratégicamente, el Kremlin contribuye, con su pasividad en el Vietnam, al "degüello" de todo un pueblo, contra el cual se lanzan miles de toneladas de explosivos, para evitar el triunfo de la guerra revolucionaria en un

país subdesarrollado. Pues si ella triunfara pondría en ridículo la doctrina de la "coexistencia" y la doctrina de la invencibilidad del imperialismo yanqui. Tácitamente, en el Vietnam, parecieran estar de acuerdo contra el pueblo insurreccionado la pasividad del Kremlin y la violencia del Pentágono.

Con el terror sobre las poblaciones rurales, regadas de "napalm" y de metralla, la estrategia norteamericana busca obligar por la fuerza a la "negociación" del conflicto, tanto al Vietnam del Norte como del Sur. Con el bombardeo en masa, a las poblaciones rurales les quedan tres posibilidades de opción: a) quedarse donde están(pero a riesgo de perder la vida y las cosechas); b) replegarse hacia las zonas controladas por el poderío norteamericano, renunciando a la revolución social; c) irse a las zonas controladas por la guerrilla revolucionaria, sumándose a la guerra. El Estado Mayor yanqui tiende por el fuego a evitar la solución a), y hacer muy "riesgoso" recurrir a la opción c).

Sin cobertura internacional revolucionaria para el Vietnam, mientras no se debilite el imperialismo yanqui en otros frentes de lucha, el pueblo vietnamita será sometido a una dura prueba, descargando sobre él la metralla y empleando armamentos creados por la más poderosa industria de guerra nacional. Las divisiones norteamericanas de "caballería del aire", integradas por 15,000 hombres, 434 aviones y helicópteros y 1.600 vehículos terrestres, permiten al imperialismo arrasar comarcas enteras y colocar a la retaguardia de una unidad guerrillera, por medio de la "táctica" de

salto de pulga", compañías de 200 hombres y batallones, que ocupan las alturas en las posibles líneas de repliegue de un ejército de liberación.

Ha progresado mucho, por consiguiente, la contraguerrilla en países de gran poderío industrial como Estados Unidos. Algunas tesis de la estrategia de la guerra revolucionaria, específicamente rural, han envejecido y de seguir practicándolas constituirían un movimiento para amontonar cadáveres, a menos que no se combine estratégicamente, bien dosificada, la guerra rural y la guerra urbana. A medida que avanza la crisis económica mundial, el epicentro de la revolución tiende a trasladarse a los propios países capitalistas-imperialistas. Entonces la contradicción entre países neo-coloniales y países imperialistas, unida a la contradicción entre la burguesía y el proletariado de los países imperialistas, tiene que producir una revolución social de signo universal. Pero es necesario que el proletariado de los países desarrollados barra de sus filas a socialistas burgueses como Guy Mollet, Wilson, Willy Brandt y compañía, a los comunistas prosoviéticos de la coexistencia, a la izquierda verbal intelectualoide que no inscribe en sus programas la violencia revolucionaria, pues de lo contrario, la burguesía dará al Gobierno, en plena crisis, a la izquierda verbal, para distraer al proletariado de sus verdaderos objetivos revolucionarios. Hace falta dar una estrategia brillante a la acción directa de las masas populares, sin perderse en el parlamentarismo burgués, en los países capitalistas, ni ser pasivos los trabajadores, ante las dictaduras militares en los países subdesarro-

llados. La revolución social pasa por la acción directa, que tan correctamente aplicaron los anarquistas, para dinamizar la lucha de clases, mientras los socialistas y los comunistas oportunistas la negaban en la práctica. Para una revolución social de signo internacional la acción debe ser de vocación anarquista, la dialéctica y el análisis económico de tipo marxista y el internacionalismo proletario despojado del burocratismo, del imperialismo y de las ideologías burguesas, como lo fuera el internacionalismo proletario de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), la más auténtica internacional proletaria, nacida en la segunda mitad del siglo pasado. El proletariado mundial necesita una verdadera internacional revolucionaria, integrada por agrupaciones regionales latinoamericanas, asiáticas, africanas y europeas que den un estado mayor, valiente y competente para conducir la lucha armada contra el imperialismo, el burocratismo sindical, el oportunismo de la coexistencia pacífica, el socialismo burgués y el izquierdismo verbal.

A los partidos, organizaciones y grupos de choque del pueblo trabajador no deben llegar personajes que vengan a medrar en la política, para constituirse en demagogos que hablan a la izquierda y viven a la derecha. La crisis mundial se acerca con los ciclos de 20 años de las guerras. No deben las masas populares dejarse seducir por un socialismo, con Wilson, que llega en izquierdista para gobernar en conservador, suprimiendo el derecho de huelga, congelando los salarios y los precios (más aquéllos que éstos), para salvar la libra esterlina. Wilson (en 1966) y Blum (en

1936) han demostrado que la izquierda pequeño-burguesa es más utópica que el socialismo libertario. Pues el socialismo burgués promete el socialismo, pero gobierna para el capitalismo a la salida de las guerras mundiales, y cuando comienzan las crisis mundiales, para que los trabajadores no tomen el Poder a la burguesía. En cambio, el socialismo libertario por medio de la acción directa fue quizá la determinante estratégica fundamental para el triunfo del pueblo español, el 18 de julio de 1936; pero (por no haber colocado una vasta guerrilla a la espalda del ejército franquista, en Andalucía, tierra de promisión libertaria) tuvo el movimiento libertario que entrar en un gobierno, que hacía por arriba todo lo contrario que las masas populares revolucionariamente construían por abajo, en sus comités de defensa, colectividades, empresas socializadas, comités de milicias y otros órganos del Poder popular.

Como las tesis de la Revolución Española de 1936/39 siguen vigentes, en muchos de sus aspectos, como enseñanzas auténticas, particularmente en esta hora del mundo, en que la lucha guerrillera de tipo rural está muy desarrollada y la guerra urbana poco conocida, creemos de suma utilidad estratégica hacer una breve reseña de la guerra urbana en España, en los días tensos del mes de julio de 1936, en varias capitales españolas. La guerra de guerrillas rurales recibe ahora demasiado fuego; es contrarrestada por divisiones aeromóviles, que impiden liberar zonas de poder revolucionario, como sucedía en tiempos de la guerra revolucionaria de China, Cuba, Argelia y otros países, que

sería prolijo enumerar. Todos los estados mayores profesionales están preparados para la guerra contra-guerrilla en el campo, pero son muy débiles estratégicamente para enfrentar una guerra de guerrillas en grandes zonas urbanas. El caso de la epopeya de Santo Domingo, 1965 (con frente fijo ante fuerzas muy superiores en número y recursos), plantea la necesidad de un desarrollo racional de la estrategia de la guerra urbana, combinada con la guerra rural, sobre todo, en países que tienen más del 50 % de su población en las ciudades. Tal sería la situación estratégica en muchos países europeos y en algunos países sudamericanos, particularmente en aquéllos en que la población urbana constituye hasta más del 70 % de la población total. Esta composición de la población es diametralmente opuesta a la de China, en la época de la guerra revolucionaria, en que el 80 % de la población era rural, como también lo sería en Vietnam.

España: guerra urbana, 1936

La Revolución Española de 1936/39 tuvo sus momentos más gloriosos en la guerra urbana, más que en la guerra de campo abierto. Si se hubieran aprovechado los éxitos iniciales del pueblo, desde el 18 de julio al 1o. de agosto de 1936, si se hubiese lanzado la población urbana armada en la persecución y aniquilamiento de los fascistas, sin darles tregua, la victoria popular habría sido cuestión de un par de semanas.

Los anarco-sindicalistas (que practicaban la lucha de clases mejor que los marxistas y asimilados, todos ellos

verbalistas de izquierda, salvo raras excepciones) tuvieron una intervención brillante en la guerra revolucionaria urbana. Barcelona y la región catalana, Valencia y su región, Málaga, los cantones armados de Madrid (Guadalajara, Alcalá de Henares, Cuenca) fueron tomados por la CNT-FAI, que sabía emplear la "acción directa", sin fiarlo todo a un gobierno inoperante, pequeño-burgués, que confiaba –hasta el último momento– en "negociar" un entendimiento honroso con los generales facciosos.

En Barcelona, los anarco-sindicalistas –la gran parte del proletariado– concurrieron a la Gobernación y la Generalidad (gobierno catalán regional) para pedir armas, que se le negaban repetidamente con dilaciones. Ya con los militares en la calle, comandados por el general Goded, se entregaron un centenar de pistolas, con cuyo reducido equipo de combate, más las reservas logísticas de los grupos de defensa de la FAI, se entró en combate contra un enemigo poderoso, compuesto por varios regimientos de infantería, artillería, caballería y otras armas pesadas. Los anarco-sindicalistas, frente al Ejército, daban su pecho desnudo a los fusiles. Las sirenas de las fábricas llamaban a los obreros a la insurrección. El pueblo cercaba los cuarteles para impedir la salida de la soldadesca. Los cañones emplazados en las calles eran tomados al asalto. Unos cuantos revolucionarios entraban hacia el punto de convergencia de una batería, montados en camiones lanzados a toda velocidad. Como el cañón no puede corregir su tiro fácilmente contra un blanco extremadamente móvil, que se acerca rápidamente a la batería, por

varias direcciones, la artillería era tomada así por los obreros. Luego, con estos cañones emplazados a cero de alza contra los cuarteles, éstos iban cayendo en manos del pueblo. Así, con audacia y acción directa, los anarco-sindicalistas tomaron la Telefónica y la Capitanía General; luego el Hotel Colón, el Cuartel de Atarazanas y otros baluartes en poder de los militares sublevados.

Los cañones eran arrastrados por las calles por brazos fornidos de obreros. Y la Revolución triunfaba en poco tiempo, a pesar de que la tropa fuera desplegada militarmente por las calles, en algunos puntos de Barcelona. Con igual arrojo, dándolo todo el pueblo, fueron conquistadas las plazas regionales catalanas de Figueres, Gerona, Lérida, Tarragona y otras. El Ejército, a pesar de contar con la colaboración activa de señoritos, milicia fascista, conventos y gentes de derecha, fue derrotado por el proletariado catalán, que supo tomar la iniciativa, sin esperar que las fuerzas armadas establecieran sus poderes discrecionales. En la Revolución como en la Guerra, siempre gana el bando que sabe emplear la economía de fuerzas y conservar, en todo momento, la iniciativa de las operaciones.

En Málaga, provincia andaluza muy proletarizada, los militares salieron a la calle. Los anarco-sindicalistas, unidos a un puñado de Guardia de Asalto, fiel al gobierno de la República, obligaron a replegarse a los militares hacia los cuarteles La "acción directa" anarquista, nuevamente tuvo éxito; no esperó a que salieran, otra vez, los militares de sus cuarteles. Los

obreros hostigaban con sus armas de fortuna a los sublevados. Pasaron a la acción: pusieron fuego a las casas circundantes de los cuarteles y regaron con dinamita la zona. Los amotinados tuvieron que rendirse y el pueblo se armó, quedando dueño de una ciudad que era el empalme estratégico marítimo con la zona española del protectorado marroquí, en aquella época.

Madrid, el 18 de julio, hervía de entusiasmo popular. Todos los cuarteles de la capital de España estaban amotinados contra el gobierno republicano. El epicentro de la resistencia fascista era el Cuartel de la Montaña, con más de 10.000 soldados y falangistas. Antes de que salieran las tropas del cuartel, el pueblo ya lo tenía rodeado. Por las ventanas del cuartel vomitaban metralla fusiles y ametralladoras. Viendo las cosas problemáticas, los sublevados levantaron bandera blanca, pero cuando el pueblo avanzó hacia las puertas del cuartel fue recibido con ráfagas de ametralladora; unos cuantos cadáveres quedaron tendidos sobre la explanada, delante de este reducto. Nuevamente los insurrectos militares hizaron bandera blanca. Otra vez el pueblo adelantó sus posiciones hacia la puerta del cuartel, siendo recibido con fuego no menos intenso que en la otra intentona de asalto. Unos cañones colocados a cero (uno de 75 mm. y otro de 150 mm.) contribuyeron a desmoralizar a los facciosos. Un vehículo blindado de fortuna se lanzó hacia las puertas del cuartel, y la masa humana enorme entró detrás de él, y éstas cedieron. Lo que pasó después sólo la historia es capaz de contarlo. El pueblo se armo y se deshizo de sus enemigos, respetando a los soldados y oficiales

de baja graduación.

Con el enorme parque militar capturado en el Cuartel de la Montaña, los anarco-sindicalistas tomaron dos cantones militares fuertes en el cinturón de la provincia de Madrid: Alcalá de Henares y Guadalajara; posteriormente, Cuenca, donde unos cientos de guardias civiles actuaban indecisamente. El error estratégico básico fue no haber lanzado el pueblo, como una tromba, hacia el interior del país, para evitar que el enemigo se organizara, con la colaboración militar y asistencia económica de Hitler y Mussolini.

En la guerra urbana por la liberación de Madrid, si el pueblo no hubiera tomado la ofensiva, habría sido dominado por los militares sublevados. La situación el 18 de julio de 1936 era extremadamente comprometida para el pueblo. Todos los cuarteles de Madrid estaban en armas contra el gobierno republicano. Los cantones militares de Madrid, que lo flanquean con las capitales de provincia de Toledo, Guadalajara, Cuenca, Segovia y Avila, se había levantado en armas simultáneamente con los cuarteles de Madrid. El pueblo, particularmente los anarco-sindicalistas, tomaron la ofensiva. Las juventudes socialistas daban pruebas de combatividad ejemplar al lado de los anarquistas. Los comunistas, la menor fracción de la izquierda, jugaron un papel de relativa importancia en los días de julio de 1936. Su fuerza aumentaría luego, con los envíos de material de guerra soviético, que serían capitalizados, preferentemente, por las divisiones comunistas, formadas con soldados conscriptos, más que con revolucionarios, con voluntarios.

Donde la "acción directa" del anarco-sindicalismo dio el máximo resultado fue en Valencia, una ciudad con más de medio millón de habitantes, con bastante proletariado urbano y rural, casi todo él, el más proletarizado, sindicado en la C.N.T. Todas las tropas de Valencia estaban acuarteladas. Los días pasaban y la "impasse" no se decidía. El Gobierno pequeño-burgués de Madrid había nombrado una Junta Delegada de Gobierno, en Valencia, para "negociar" con los militares. El pueblo pedía armas, pero la Junta no hacía nada para que se las diera el gobernador civil de la provincia. Entre la Capitanía General y la Junta Delegada el diálogo estéril no terminaba. Los anarco-sindicalistas propusieron la creación de un Comité Ejecutivo Popular. La huelga general estaba declarada; los militares pedían que fuera levantada, mientras los sindicatos exigían, a su vez, a los militares, que les entregaran armas, que dieran pruebas de lealtad. El Comité Ejecutivo Popular proponía, para superar la situación, antes de que se sublevaran completamente los militares, las siguientes medidas preventivas: 1) ocupación por el pueblo en armas de las centrales de teléfonos, telégrafos y la Emisora de Radio; 2) movilizar al pueblo de Valencia para cercar los cuarteles, tomando, frente a ellos, posiciones estratégicas; 3) comunicar a los militares acuartelados que entregaran armas al pueblo, como demostración de lealtad; 4) asaltar inmediatamente los cuarteles, si los militares no concedían esos cuatro puntos. En un quinto punto, los anarco-sindicalistas aclaraban que su presencia en el Comité Ejecutivo Popular era de carácter nominal,

mientras las demás organizaciones antifascistas no aceptaran, en su integridad, los cuatro puntos propuestos, para centrar estratégicamente la lucha popular.

Es evidente que los anarco-sindicalistas demostraban, una vez más, en España, ser más capaces de conducir la lucha de clases que los socialistas y los comunistas; tenían más experiencia que éstos en las luchas urbanas, en los motines, en las huelgas revolucionarias.

Frente a las exigencias revolucionarias del Comité Ejecutivo Popular de Valencia, la Junta Delegada de Gobierno, "coqueteando" con los militares acuartelados (como el tigre antes de lanzarse al asalto de su presa) propusieron la disolución del Comité Ejecutivo Popular, ya que era una especie de "soviet". Por otra parte, la Junta rogaba a la C.N.T. que levantara la huelga general, para aplacar a los militares. El Comité se disolvió; los comunistas dieron pruebas de sometimiento al Gobierno, pero los anarquistas continuaron alentando clandestinamente al Comité. Entretanto, los anarco-sindicalistas de Barcelona y de Madrid mandaron armas a los de Valencia. Los cuarteles permanecían cerrados. El pueblo gritaba que los militares acuartelados aclararan, de una vez, su posición indefinida. Finalmente, el pueblo asaltó, en Valencia, los cuarteles con la colaboración de milicias madrileñas y catalanas, principalmente anarco-sindicalistas. Así terminaba una lucha en que si el pueblo no tomaba la iniciativa, seguramente Valencia habría sido dominada por los militares insurreccionados. De haber sucedido ello, esta plaza se hubiera unido estratégicamente con los fascistas de Teruel, y Cataluña y Aragón

no habrían tenido continuidad geográfica revolucionaria con el resto de España. En tal caso, la sublevación de los generales es evidente que hubiera sido un éxito a corto plazo.

Cuando el auténtico pueblo delega sus poderes en falsos dirigentes, en elementos timoratos de la pequeña burguesía, siempre pierde frente a sus opresores y explotadores. Por ejemplo, la Junta Delegada de Valencia propuso que se enviara una columna para reducir a Teruel, capital cercana a Valencia. Dicha columna fue integrada en proporción de 1 miliciano con 3 guardias civiles. Los anarco-sindicalistas proponían la siguiente composición: 3 milicianos con 1 guardia civil. Como no se hizo así, cuando los guardias civiles estuvieron a la vista de Teruel, se sublevaron y mataron a los milicianos, pasándose al enemigo. Así, pues, el pueblo no debe delegar poderes en sus enemigos, en seres alienados por el miedo, o en elementos de las clases medias, que vacilan entre los de arriba y los de abajo, en momentos históricos decisivos, cuando hay que ser hombre de acción y no de conciliación, cuando la lucha de clases no se puede conciliar más, ni detener más el choque definitivo entre el pueblo trabajador y sus explotadores.

En España, en julio de 1936, el enemigo del pueblo, tomando la ofensiva, creó de un golpe todas las condiciones para una respuesta revolucionaria de las masas populares. Pero es malo, desde el punto de vista estratégico, que una Revolución popular comience defensivamente. En tales condiciones, todos los partidos de la izquierda verbal tienen vigencia, desgraciada-

mente, sólo para frenar la Revolución, para desviarla o para entregarla finalmente. En España, a la acción de los fascistas con el "golpe de Estado" correspondió dialécticamente la reacción ofensiva del pueblo; pero el éxito inicial de las masas populares estuvo mal encausado, proyectado y distribuído, estratégicamente. Una Revolución no puede triunfar cuando es conducida por una coalición heterogénea de partidos y organizaciones, en la izquierda, como sucedió en España, en 1936. Para ganar una guerra civil no basta triunfar en las primeras batallas (caso España), sino que hay que ir de poca, hacia mucha fuerza revolucionaria (caso de China 1927-1949, de Vietnam, Argelia, Cuba, etc.), es decir, hay que ganar la última batalla, la que decide una guerra victoriosamente. Entre Aníbal, que gana las primeras batallas, y Escipión, que gana la última, lo decisivo para la historia es Escipión y no Aníbal.

A partir de la acción revolucionaria de una minoría esclarecida, apoyada en un buen programa de movilización de masas populares, cuando haya que echar del Poder a un gobierno dictatorial o impopular, es preferible ir avanzando revolucionariamente, poco a poco, aumentando las fuerzas de combate lentamente, que ir perdiendo la guerra, política y estratégicamente, como en España, por falta de unidad estratégica, económica, política y diplomática en la coalición de partidos de la izquierda. A partir de una guerrilla operacional –urbana y rural– se van ganando fuerzas, simpatías, amistades, admiración y vuelco total, finalmente, del pueblo; en el ejército de liberación,

cuando se trata de derrotar a militares que hayan triunfado en un golpe de Estado sin disparar un solo tiro. En tal situación, la fuerza revolucionaria –si está preparada para durar con una clandestinidad coherente, frente a una tiranía– es preferible que gane, luego de un largo período de luchas sangrientas de guerrilla, a que se triunfe inicialmente como en España, para luego perder, por carencia de una política y una estrategia de guerra. Lo que debe hacer una minoría revolucionaria, que sabe planificar su asalto al Poder, es prepararse en dialéctica, estrategia, economía, política y movilización de masas, a fin de aprovechar situaciones favorables a la guerra revolucionaria, como las creadas por "golpes de Estado" en países de América Latina, donde los partidos políticos han sido disueltos, las Universidades atropelladas, las cooperativas disueltas y, en fin, las masas populares atropelladas en la ciudad y en el campo, en los escalones medios de la sociedad. En tales situaciones, cuando los partidos políticos no son capaces de conducir a las masas por sus libertades ni reivindicaciones democráticas, se crean las condiciones óptimas para una minoría revolucionaria que, indudablemente, llegará al Poder, favorecida por una dictadura fascista y militarista.

La batalla de Madrid

Al pasar de la batalla urbana a la guerra en campo abierto, el pueblo en armas no sabía maniobrar por líneas regulares como el ejército profesional sublevado. Se perdió así un vasto espacio en el frente sur; las tro-

pas franquistas, desde Andalucía y Extremadura, se presentaron, en poco tiempo, en las cercanías de Madrid. Los militares profesionales cometían, en este sentido, un grave error estratégico al practicar la doctrina de Jommini, según la cual lo más importante es conquistar la capital de un país, para decidir con ello una campaña militar. Al volver a la guerra urbana, el pueblo encontraría, nuevamente, su estrategia más favorable.

Hacia el 12 de octubre de 1936, el general faccioso Varela se presentó, ante Madrid, con un cuerpo de combate de 22.000 soldados profesionales (conscriptos, moros y legionarios). Esta gran unidad venía hacia la capital de España remontando el valle del Tajo, desde Extremadura. El 10 de octubre Varela unía sus fuerzas con las del general Dávila, que avanzaba desde la Sierra del Guadarrama, al Norte de Madrid. En pocos días casi toda la parte Oeste de Madrid cayó en poder de los franquistas, los alrededores, el campo abierto, pero no pudieron avanzar por las líneas de calles, en que el pueblo en armas hacía de cada calle una trinchera.

No pudiendo penetrar en la ciudad por el Oeste, los franquistas se corrieron por las márgenes del río Manzanares hacia la Ciudad Universitaria, donde la capital presentaba un gran espacio abierto, ideal para la batalla de formaciones regulares. Ante esta amenaza, el gobierno republicano, presidido por el socialista Largo Caballero, luego de escuchar a sus asesores militares, generales Asensio y Pozas, decidió evacuar la capital de España y trasladarse a Valencia. Nosotros

estuvimos, en esos días épicos, en Madrid. El pueblo en armas gritaba: "¡Viva Madrid sin gobierno!" Los ateneos libertarios, los partidos, los sindicatos, todo el pueblo, se movilizaban hacia las calles de entrada posible de las tropas franquistas. Numerosas barricadas y trincheras de campaña eran levantadas. El enemigo confiaba romper la resistencia popular con sus blindados. Avanzaron los tanques por el terreno descampado hacia las bocacalles de entrada a Madrid. El pueblo les lanzaba ramilletes de bombas y botellas incendiarias; varios vehículos blindados fueron destruídos. El enemigo asaltante cedió ante las calles, pero siguió penetrando por la periferia descampada de Madrid. Al llegar a la zona Norte(Puente delos Franceses o ferrocarril del Norte), la batalla se hizo más regular: milicias y brigadas regulares (entre ellas antifascistas extranjeros) frenaron al enemigo. El alto mando franquista no cedía en su empeño por tomar Madrid. Habiendo fracasado ante el pueblo en el Oeste y en el Norte contra la milicia, el ejército sublevado se deslizó un poco más hacia el Noreste, en la Ciudad Universitaria, penetrando el algunas facultades. En el Hospital de Clínicas se combatía piso por piso. El anarco-sindicalista Durruti llegó a Madrid con su columna de 3.500 hombres, justamente a la Ciudad Universitaria y ante el Puente de los Franceses. Anarquistas e "internacionales" combatieron brillantemente, en esos días de noviembre. Dentro de la ciudad, todo el pueblo en armas, repetía a coro: " No pasarán!" Durruti murió en esos días de noviembre, combatiendo heroicamente contra moros, legionarios y soldadesca de Franco.

Los bombarderos alemanes de la "Legión Cóndor" comenzaron a destruir a Madrid implacablemente, para desmoralizar a sus defensores querían los nazis alemanes obtener por la guerra aérea (teoría del "Poder Aéreo" del general Douhet) lo que no conseguían Franco y sus mesnadas de moros con el ejército de tierra. Madrid aguantó estoicamente el bombardeo concentrado de los aviones extranjeros al servicio del fascismo español. El día 16 de noviembre el bombardeo aéreo produjo unas 5.000 víctimas, la mayor parte mujeres, niños y ancianos. El "Metro" de Madrid se convirtió, inmediatamente, en un vasto sistema de protección antiaérea. En los pisos bajos de los grandes edificios había millares de personas. Madrid contaba su población habitual, más cerca de 500.000 refugiados.

Frente al bombardeo aéreo y artillero de una ciudad hay varias posibilidades para reducirlo a su mínima eficacia de mortandad de ciudadanos. Todas las casitas con jardín se prestan a cavar una trincherita estrecha de 0,50 mts. de ancho por 0,70 mts. de profundidad, a ser posible cubierta, y algo alejada de los cimientos de la casita. Cuando viene el bombardeo, la familia se mete ahí; seguramente que sobrevivirá a una infinidad de bombardeos, incluso aunque alguno de éstos le tire la casa propia. En los descampados, frente a grandes edificios, se cavan trincheritas y refugios antiaéreos. Las trincheras en cruz, con cuatro bocas, para permitir la máxima entrada de personas al mismo tiempo, luego de sonar la alarma antiaérea. Cuando se trate de bombardeo de artillería, hay que

ponerse en la parte opuesta del edificio, contra la dirección de las trayectorias de los proyectiles artilleros. En caso de bombardeo con morteros, como las granadas vienen casi verticales, conviene situarse en los sótanos de casas con más de un piso; la granada, al tocar el primer piso, estalla inmediatamente y no suele afectar al primer piso. Como ninguna granada, disparada por el mismo cañón o mortero, cae inmediatamente en el mismo hoyo, hasta que no pasara algún tiempo, es evidente que en casas altas, los primeros pisos son lugares seguros, frente a bombardeos con mortero. Una ciudad puede aguantar miles de toneladas de proyectiles estallados, sin que se pueda reducir en su moral ni matar muchos de sus habitantes si se sabe utilizar un saber estratégico correcto. Contra la Aviación, la Artillería y los blindados, una milicia urbana tiene muchas posibilidades de neutralizar tales armamentos pesados. Frente a la coraza del tanque, la botella incendiaria en cantidad; y contra la artillería y la aviación, hay una sola solución: cavar, cavar, cavar; pues el combatiente que suda no sangrará.

Así, ante la resistencia heroica de Madrid, la superioridad de material de guerra y de un ejército regular fracasaba, no ante otro ejército semi-regular o miliciano, que apresuradamente se hubiera formado, sino ante un pueblo en armas, que sabía hacer del combate callejero una trinchera y otra trinchera más, desgastando y agotando al asaltante que atacaba en formaciones regulares. Lo que salvó a Madrid fue, como decía la gente "el desorden heroico", la estrategia del pueblo en armas. Pues Franco tenía que combatir, an-

te Madrid, no sólo a un ejército republicano de unos 40.000 hombres, sino ante miles de ciudadanos-soldados, que tenían armas en sus ateneos, partidos, sindicatos, locales, etc. Si Franco hubiera insistido en el asalto de Madrid posiblemente hubiera perdido la guerra como la perdía, en julio de 1936, ante el Cuartel de la Montaña.

Fracasó el ejército franquista ante las calles de Madrid; volvió a una estrategia que le fuera más favorable: la batalla del cerco de las comunicaciones de Madrid, en campo abierto, lejos de calles y barricadas.

Las fuerzas franquistas, los moros y sus aliados nazi-fascistas, planificaron una batalla de ahogamiento estratégico de Madrid. Atacaron en el Norte, lejos de la capital, para cortarle los abastecimientos de agua, provenientes de la Sierra del Guadarrama. Se desarrollaron combates violentísimos en Villanueva del Pardillo, las Rozas, Majadahonda. El general faccioso Orgaz logró avanzar, en enero de 1937, unos 20 kilómetros, pero había perdido 15.000 hombres, sin lograr apoderarse de los canales de agua de Madrid. Se estabilizó así la guerra en el frente Norte.

El estado mayor fascista no se daba por vencido. En febrero de 1937, se lanzó a una cruenta batalla en el frente meridional de Madrid, a unos 30-40 kilómetros de esta capital, tratando de cortar las comunicaciones con Valencia, para privar de provisiones a los defensores madrileños. Las cargas de caballería marroquí se sucedían, pero las ametralladoras republicanas las diezmaban. Los anarquistas de la 70 brigada se cubrían

de gloria en los combates del Pingarron, al lado de los "internacionales" y de otras fuerzas republicanas. La batalla del Jarama(o de corte de las comunicaciones con Valencia), le dio al enemigo el dominio del ferrocarril Madrid-Valencia;pero luego el pueblo hizo, en poco tiempo, otro ferrocarril para comunicar la capital de España con Valencia. La batalla del Jarama costó más de 16.000 muertos, y el cerco estratégico a Madrid fracasó nuevamente.

El porfiado enemigo nazi-fascista no se daba nunca a la idea de que Madrid fuera inexpugnable. Hacia finales de febrero de 1937, los italianos (la "división Littorio"), como grueso de las fuerzas, integraban un ejército de asalto a Madrid, con unos 50.000 soldados. Había 4 brigadas italianas de "Flechas negras" de 5.200 hombres cada una. Acompañaba a este cuerpo expedicionario italiano un parque importante de material de guerra: 250 tanques, 180 cañones, muchas ametralladoras y fusiles ametralladoras. La concentración se realizó en la meseta de Brihuega, a unos 80 kilómetros de Madrid, hacia el Este. Luego de una intensa preparación artillera, las fuerzas italianas tomaron la iniciativa, el 8 de marzo de 1937.

El general Jurado (oficial profesional, que había comandado en Africa tropas mixtas de policía marroquí) actuó de mando supremo. La maniobra de Jurado consistía en lo siguiente:dejar que los italianos se empeñaran, con toda su fuerza sobre la llanura de la meseta de Brihuega, ante Lister, el Campesino y los internacionales. Y luego, en el flanco izquierdo, al otro lado del río Tajuña, estaba la 70a. brigada anarquis-

ta. Jurado le confió a Mera, comandante de la 70a. brigada, confidencialmente, aparte de la reunión de jefes, sin que lo supieran los otros asistentes, que tan pronto como el enemigo italiano se volcara para romper en la meseta, con eje sobre la carretera Madrid-Zaragoza, Mera atacara de flanco, pasando el río Tajaña, escalando la empinada ladera hasta la meseta, y se colocara en el flanco izquierdo del adversario. Así sucedió, como había previsto el general Jurado; los anarquistas decidieron la batalla, colocados prácticamente a espaldas del enemigo. El mérito de esta memorable batalla no corresponde a Lister, los "internacionales", o el "Campesino", sino al general Jurado, y, en menor cuantía, por la ejecución de la maniobra, a quienes intervinimos en la 70a. brigada como mandos, comisarios y tropa. Como Jurado no era comunista se le restó importancia a su maniobra, la mejor de todas las efectuadas por el ejército republicano. La intención inicial de los comunistas era defensiva; sólo el general Jurado (muerto en el exilio, en Montevideo, en 1965) debe ser acreedor a la concepción de la gran táctica que dio el triunfo republicano, en Guadalajara, contra el cuerpo expedicionario italiano, cuyos hombres y material, en su mayor parte, quedaron en nuestro poder; sobre todo, muchos cañones, ametralladoras y fusiles-ametralladores y miles de prisioneros (que se los pasábamos al "Batallón Garibaldi", para el interrogatorio antifascista).

La batalla de Guadalajara debió darnos una victoria total. El frente quedó desguarnecido para el enemigo, pero nuestras tropas estaban cansadas, no tenían camio-

nes para explotar el éxito; carecíamos de tropas de repuesto, frescas, para perseguir al enemigo derrotado. Si la gran masa de Madrid hubiera sido movilizada hacia Guadalajara, se podría haber explotado el éxito de una victoria decisiva. Pero cuando una ciudad vive, alegre y confiada, en su heroísmo, en su invencibilidad, pierde la ocasión de decidir la guerra a su favor. Luego de haber ganado contra el enemigo la guerra en las calles, cuando éste había sido derrotado en Guadalajara, el pueblo en armas de Madrid debió salir a la batalla en campo abierto, para perseguir a los italianos, moros y franquistas más allá de Zaragoza, con lo cual se habrían unido todos los frentes republicanos en forma estratégica, y la guerra no se habría perdido. Uno de los principios básicos de la estrategia es: tropa que no interviene en el combate es como si no existiera militarmente; se presta a ser batida por separado, por un enemigo que sea maniobrero y avezado en el arte de la guerra.

Con moral a prueba de fuego, como la que, en 1937, tenía Madrid, la estrategia tendría que haber dejado penetrar algunas manzanas de casas al enemigo, y luego exterminarlo sin dejarlo salir, en terreno favorable, con un pueblo insurreccionado. A falta de "dar terreno madrileño para exterminar al enemigo", a la batalla de Guadalajara debio salir la milicia de Madrid, para explotar un éxito decisivo. Así, pues, la victoria antifascista de Guadalajara fue un gran triunfo táctico, sin resultado estratégico decisivo por falta de movilización de las masas populares, por no dar al ejército regular republicano la cooperación de una milicia ac-

tiva en la retaguardia propia y en la de Franco(como guerrilleros). Pero el Gobierno de Largo Caballero ("socialista de izquierda") se empeñó en gobernar a la derecha, disolviendo las milicias de retaguardia, reduciéndolo todo a un mero ejército regular, pero sin contar con la ayuda militar que recibía Franco de Hitler y Mussolini. Al batirse con la misma táctica y la misma estrategia que Franco, los republicanos caminaban hacia la pérdida de la guerra, ya que no tenían tanto material de guerra, ni tanta asistencia internacional como el ejército franquista. Los comunistas y socialistas, los republicanos pequeño-burgueses, coincidían todos ellos en disolver las milicias de retaguardia, para suplirlas por guardias republicanos o de policía. Se restaba así tropa para el frente; no se creaba una guerrilla operacional, en cualquier momento, contra Franco, cuando éste avanzara sobre nuestro frente, para infiltrar los revolucionarios su guerrilla en la retaguardia franquista, para hacer "guerra a las comunicaciones", para aplastar la policía rural, para distraer grandes masas de tropas, para hacer inoperacional la ayuda de Hitler y Mussolini. La CNT-FAI, que era el grupo más revolucionario, más socialista (sin llamárselo), debió introducir, contra la opinión del gobierno, masas de guerrilleros en la retaguardia de Franco. Así, el anarco-sindicalismo habría decidido la guerra civil española en forma de Revolución Socialista triunfante. Faltó, pues, una estrategia operacional.

Cuando la estrategia revolucionaria es improvisada, cuando la guerra revolucionaria no se basa en una doctrina política coherente, en una dialéctica ágil que

vea los factores favorables y desfavorables en la correlación de fuerzas en presencia, cuando la economía de guerra se debilita, cuando el frente diplomático es inoperacional, cuando muchos partidos dirigen una Revolución, luego de los primeros momentos insurreccionales, cuando todo eso sucede siempre se suele perder la guerra, como sucedió en España en marzo de 1939. Madrid, invicto, que el enemigo no pudo asaltar en 1937, dejó entrar a sus sitiadores en 1939, sin tirar un tiro. Si la moral de guerra, la economía de guerra y la estrategia revolucionaria hubieran sido correctas, aún perdiendo el frente de Cataluña y sus 200.000 soldados, el ejército republicano del Centro podría haber hecho su "Gran Marcha" hacia Andalucía, infiltrándose profundamente en una retaguardia que le era desfavorable al franquismo, donde habían caído, ante los piquetes fascistas de ejecución miles de republicanos. Allí, entre millones de proletarios andaluces delas minas y del agro feudal, con terreno y población favorables, debió crearse un ejército a la espalda de Franco. Habiendo combinado las batallas rápidas de línea con operaciones guerrilleras, el adversario habría sido tomado siempre de frente y de revés; habría perdido la guerra tarde o temprano.

El pueblo no debe confiar su victoria exclusivamente a los generales, sino a los revolucionarios decididos; estrategas, cuya conducta se haga merecedora del Mando, pero siempre en forma delegada; nunca como mando efectivo; a la manera como ejercían el Mando los cónsules o los estrategas griegos. A la hora actual de la estrategia nuclear, la única forma de guerra es

la guerra revolucionaria guerrillera. En este sentido, la desprofesionalización del ejército chino es la mejor manera de vencer al imperialismo que se apoye en las armas nucleares, en millones de toneladas de acero y de explosivos. Mao-Tse-Tung, al renunciar a ser un mariscal enmedallado se revela como un gran revolucionario, como el más grande filósofo de la guerra de estos últimos años, particularmente con sus tesis de la "Estrategia de la guerra revolucionaria en China". Fidel Castro, al plantear la acción estratégica, decidida y coherente, de minorías revolucionarias audaces, contra gobiernos dictatoriales, semi-feudales y pro-imperialistas, denuncia la doctrina inoperante de la coexistencia pacífica y dinamiza con ello la lucha contra el imperialismo, el feudalismo y el militarismo, particularmente en América Latina. Ni Fidel Castro, ni Mao-Tse-Tung, son utopistas: han demostrado, en la práctica, que, cuando las condiciones están dadas para la acción, el pensamiento intelectualoide, que se pierde en el vacío de la coexistencia, es una traición a la revolución socialista, un entreguismo al imperialismo, al feudalismo residual y a las políticas del "statu quo", que convienen al imperialismo.

CAPITULO VIII

1965: LA BATALLA DE SANTO DOMINGO

Luego de muchos años de tiranía trujillista, el pueblo dominicano había sido sometido a un régimen político de "los mismos perros con diferentes collares". Un pueblo no aguanta dos dictaduras seguidas: un trujillismo sin Trujillo o un franquismo sin Franco; tienen que conducir, necesariamente, a la insurrección popular. En Inglaterra, la burguesía, con fino tacto político, da el Poder al laborista Wilson, con amplia mayoría parlamentaria, a fin de que suprima el derecho de huelga, bajo la denominación de prohibir alzas de precios y salarios durante un tiempo prudencial. En tiempo de crisis, el Poder pasa en Europa, con Blum, Mac Donald y Wilson, a manos de social-demócratas, para que la izquierda gobierne en beneficio de la derecha, conteniendo los impulsos revolucionarios del proletariado, que siempre paga la crisis. En las posguerras, la burguesía confiere el Poder a Attlee y se lo quita a Churchill, para que los obreros reconstruyan el capital, y paguen sus intereses gastados en las guerras. En Alemania, luego de la primera guerra mundial, la burguesía no hace resistencia a que los socialistas tomen el gobierno, para aplastar a los socialistas revolucionarios (Rosa Luxemburgo y la República Roja

de Baviera)· pero luego, cuando la producción está recuperada, otra vez, el Poder pasa a manos de la burguesía conservadora: en Alemania, Inglaterra, Francia, etc., ya sea con Hitler, Chamberlain o Daladier.

En la América Latina, el imperialismo yanqui hace una política menos sagaz quela burguesía europea. La burguesía de los "trusts" norteamericanos echa a dictadores como Trujillo; pero los repone, inmediatamente, por empleados de la Central Intelligence Agency (CIA), en la persona de Wessin y Wessin, Balaguer u otros. Pero la historia demuestra que el pueblo no soporta años de despotismo y otros tanto de lo mismo. Tal fue la causa de la insurrección de Santo Domingo, el 24 de abril de 1965, en que un pueblo, harto de dictadura y neo-colonialismo, se lanzó a la calle contra sus opresores y explotadores.

La insurrección popular

Armado de palos, piedras y de armas de fortuna, el pueblo dominicano se levantó contra el gobierno neocolonial que lo entregaba a la dictadura permanente, como en tiempos de Trujillo, aunque ahora en nombre de la democracia. Así, con el pecho descubierto, el pueblo dominicano tomó el Palacio Presidencial, el 24 de abril de 1965.

El general Wessin y Wessin, hombre fuerte del ejército, mandó bombardear al pueblo. Ante esta represalia, los políticos de izquierda verbal, que habían constituído un gobierno provisional, se exilaron en las embajadas latinoamericanas, en su mayor parte te-

miendo caer en manos de los militares.

Los generales dominicanos, al servicio del dólar, lanzaron los blindados, que les da la "ayuda" militar norteamericana, contra el Puente Duarte. Ante este atropello contra el pueblo, justamente insurreccionado, una parte de los militares, incluso los instruídos en la lucha contra-guerrilla de Panamá, se pasaron con las masas populares. El coronel Caamaño y sus compañeros se fueron al Puente Duarte para contener a los blindados, y éstos no cruzaron el referido puente. Entretanto, la izquierda verbal, dicha marxista-leninista, en la línea de la coexistencia, discutía si el "movimiento" era una militarada más, cuando el pueblo se estaba armando con fusiles que le entregaban los militares de la línea de Caamaño. ¿Qué importa, cuando se reparten armas al pueblo, caracterizar un movimiento? Lo importante, en esas ocasiones, es llevar el pueblo a la acción: armar las ideas para que triunfen; pues las ideas que no se arman no vencen ni convencen nunca, no se insertan jamás en la historia.

Es natural que una parte de los militares latinoamericanos (los que se dan cuenta del neo-colonialismo, los que no quieren ser tropas de autocolonización al servicio del imperialismo, ni gendarmes para defender a los terratenientes indígenas) se pueden unir al pueblo en la lucha armada, como sucedió en Santo Domingo: una revolución de unidad con parte del ejército y el pueblo en armas. Gracias al sostén del pueblo, las escasas unidades del coronel Caamaño pudieron resistir el asedio a la Ciudad Nueva. En la batalla de guerra regular y de frente contínuo, sin milicianos, sin la

cooperación armada del pueblo, el reducido número de combatientes de Caamaño hubiera sido vencido en pocas horas por el ejército reaccionario indígena, aliado al poder de los portaviones y de la infantería de marina norteamericana, que desembarcó unos 50.000 "marines" en Santo Domingo, en los días de abril de 1965.

El tiempo, el espacio, el fuego y la maniobra estratégica

Salvo la base aérea de San Isidro, a unos 20 kilómetros de distancia de Santo Domingo, toda la capital estaba en manos de los militares caamañistas y del pueblo insurreccionado. Para decidir la batalla inmediatamente (cosa que había que hacer, a fin de evitar un posible desembarco norteamericano) el pueblo y el ejército unidos debieron atacar, sin más dilación, la base aérea de San Isidro.

Al dar tiempo al enemigo para resistir en esa base aérea y de pedir ayuda a los "marines", se perdía un tiempo precioso, que luego resultaría difícil de recuperar. Los aviadores de Wessin y Wessin, sin infantería, estaban perdidos. Por eso, los "marines" desembarcaron rápidamente, modificando así la correlación de fuerzas en presencia. Una parte del ejército leal, sin controles del pueblo, sin haber mezclado milicia y ejército revolucionario, se pasaron al enemigo al desembarcar los "marines". Cuando suceden situaciones de tal naturaleza, hay que formar unidades en que ha-

yan tres milicianos por cada soldado regular, para evitar defecciones.

Como los "marines" estaban ya en Santo Domingo la estrategia apropiada era, antes de que se estableciera el cerco estratégico contra la Ciudad Nueva, sacar una parte de las fuerzas revolucionarias urbanas hacia el interior del país, para extender, en todas direcciones, la guerra de guerrillas, a fin de que los "marines" se encontraran, en la República Dominicana, como en el Vietnam. De esta manera, los imperialistas norteamericanos no habrían llegado fácilmente a una solución política, con la blandura de que dio pruebas Bosch (candidato de la izquierda), para que triunfara la derecha con Balaguer (candidato del imperialismo y de la oligarquía indígena). Bosch (al prestarse al juego de que se fueran al extranjero los militares caamañistas, dejando a los militares de derecha en el Poder) facilitó el triunfo de Balaguer. Ahora los norteamericanos podrán quedarse en Santo Domingo, legalmente, con el arriendo de una o más bases aeronavales, por acuerdo del Parlamento dominicano. El error político de los militares caamañistas estribó en no ver que la guerra es un medio para la política, que no hay que delegar la política en izquierdistas verbales como Bosch, sobre todo cuando se ha combatido contra los "marines"; era Caamaño y no Bosch quien tenía que haber hecho la política, sin entrar apresuradamente en una elección amañada de antemano: comprada en dólares, dominada por el terror derechista contra el pueblo, particularmente en las zonas rurales.

Santo Domingo: la guerra de calles

Luego del fracaso de los tanques del ejército reaccionario en el cruce del Puente Duarte, Wessin y Wessin estaba perdido irremisiblemente. El desembarco de los "marines" modificó el cuadro estratégico. Como los revolucionarios no extendieron la insurrección a todo el país, a fin de obligar estratégicamente a una dispersión del enemigo; es natural que el reducto de Ciudad Nueva pronto quedaría cercado por las fuerzas norteamericanas y las escasas fuerzas latinoamericanas que formaban la Fuerza Interamericana de Paz (FIP).

Sin campo de maniobra estratégica (espacio), los revolucionarios dominicanos se defendieron contra el adversario, superior en número y en medios militares, como los heroicos sitiados de Numancia y Sagunto, en la antigüedad. Otra cosa hubiera sido si Caamaño y sus milicias populares hubieran operado a lo largo y lo ancho del país, combinando la guerra urbana y la guerra campesina, con lo cual la FIP habría entrado en una situación estratégica sin salida, en una guerra en que hubiera ganado el bando capaz de durar más política y moralmente (General Tiempo). Al "durar" la lucha anti-imperialista dominicana, se templaba así la lucha anti-imperialista latinoamericana, hasta que quizá se hubiese convertido el conflicto dominicano en una guerra continental anti-yanqui en toda la América Latina. Este factor "exterior" a toda guerra revolucionaria en un país latinoamericano, debe ser tenido muy en cuenta, desde el punto de vista de la estrategia global contra el Pentágono.

A pesar de faltar despliegue estratégico (espacio) a

los revolucionarios de Ciudad Nueva, y de constituir éstos una fuerza armada no superior a una brigada (entre regulares y milicia popular) frente a 50.000 "marines", otras fuerzas latinoamericanas y el ejército reaccionario dominicano, Caamaño logró grandes éxitos tácticos, conmover América Latina y escribir una epopeya.

El día 16 de junio de 1965 (luego de una intensa preparación artillera, en su mayor parte con morteros lanzados contra el reducto de Ciudad Nueva) los yanquis avanzaron para decidir la guerra contrarrevolucionaria por la fuerza de las armas. Luego de avanzar tres cuadras, pero atacados en todas direcciones, desde techos, ventanas, callejones y con ametralladoras empotradas a ras de suelo sobre las calles, los "marines" perdieron 236 hombres. Al día siguiente, atacaron en otra dirección, y los yanquis dejaron sobre el pavimento más de 100 cadáveres. Es evidente que contra una unidad de guerrilla rural, las cosas hubieran sido más fáciles para los norteamericanos, tanto estratégica como políticamente. La liquidación de la resistencia de Ciudad Nueva, si se llevaba a cabo implacablemente, suponía perder unos miles de hombres. Y si ese reducto era bombardeado con bombas rompe-manzanas, desde el aire, constituía un genocidio que seguramente no iba a tolerar, pasivamente, la América Latina. Por lo tanto, los poderosos norteamericanos se decidieron por la "negociación de la guerra", buscando una solución política con la colaboración "imperceptible" de Bosch. He aquí un final poco glorioso de

Ciudad Nueva, por haber delegado la política quienes estaban haciendo la guerra, que era la verdadera política de todo un pueblo para su liberación contra la oligarquía indígena y el imperialismo del dólar.

La táctica de la guerra urbana

Para defender un reducto urbano, cuando se quiera pasar de la guerra de movimiento a una guerra de posición, no en todo sino en parte de él, la lección de la resistencia de Ciudad Nueva es muy aleccionadora, como lo fuera, en su tiempo, la defensa de Madrid (1936/39).

Frente a "marines" yanquis y a cipayos indígenas, la milicia popular de Ciudad Nueva combatió brillante y heroicamente. Todas las calles, frente al sector del cerco de los "marines", fueron cortadas por fosos antitanques; se pusieron alambradas (incluso eléctricas en grandes espacios vacíos); de un lado a otro de la calle se pasaba por un túnel (para evitar el fuego rasante del enemigo); había minas, en base a cartuchos auténticos y falsos de dinamita (para engañar al adversario); en las calles, se cavaron fosos de tirador para ametralladoras (preferentemente en las esquinas, con posibilidad de retirarlas detrás de la esquina, al ángulo muerto o desenfilado de fuego, si era atacada por morteros o cañones); de casa a casa, había un agujero abierto en el muro (para que la milicia pudiera defenderse con suma movilidad en todo un sector y a cubierto del fuego del enemigo, con paso de salto de una

a otra casa); en distintos lugares había falsas ametralladoras (asomando un caño entre parapetos de bolsas llenas de tierra, para desorientar al enemigo); los muros de las casas, frente al sector de los "marines", tenían muchos agujeros para tirador a cubierto de fuego enemigo (aquí actuaban escuadras de tres, con dos fusiles y una ametralladora liviana, y suplentes que esperaban para tomar las armas si caían los hombres armados); en los patios y zonas abiertas de la Ciudad Nueva, se colocaron ristras de cartuchos –falsos y verdaderos– de dinamita, con dispositivo eléctrico para detonarlos en caso de avance enemigo; en los espacios al descubierto se colocaron clavos envenenados con cianuro (se afilaban bien los clavos, se los metía en remojo 24 horas, se los clavaba en tablitas (con guantes para no envenenarse) y se los ponía disimuladamente; las minas de cianuro podían producir muchas bajas, al ser pisados los clavos por el enemigo, en caso de avance, pero lo más importante era que ellos defendían un sector creando aprehensión psicológica en el enemigo; en fin, para evitar la movilidad de los autos blindados enemigos, se hacían tablones anti-blindados (estos tablones son tan largos como ancha es una calle, llevan clavos de 10 centímetros, son lo bastante anchos como para que, al llegar a ellos la rueda del blindado, ésta se pinche y el coche quede paralizado); si los servidores del coche blindado salen a reparar la avería en sus ruedas desinfladas, los milicianos apostados en las cercanías, los atacan con fuego y se apoderan del vehículo o aniquilan a sus sirvientes.

Para dar movilidad a la guerra urbana, los milicia-

nos de Santo Domingo utilizaban "Jeeps" como autoametralladoras. Si una ametralladora de un sector quedaba inutilizada o encasquillada la sustituía el autoametralladora hasta que ella fuera reparada. Si el enemigo atacaba en un sector de la Ciudad Nueva y no había en él bastante potencia de fuego para contenerlo, los autoametralladoras iban hacia allí y densificaban el fuego de contención contra el adversario. Había autoametralladoras con doble chapa soldada y lana entre ambas, con una ventanilla de tirador sólo en la parte trasera del vehículo automóvil. Para dar estabilidad al autoametralladora (blindado en la parte trasera) se ponían bolsas de arena en la parte delantera, para que el vehículo tuviera equilibrio y defensa de frente.

Las alambradas eléctricas tenían conexiones con 700 voltios de tensión. estaban detrás de las zanjas antitanques, en el comienzo de las calles del sector. La zanja antitanque solía tener una profundidad igual a la mitad de la longitud del tanque más 40 centímetros. De esta manera, si el tanque caía en el foso, quedaba encallado de punta, y no podía ser sacado sino con una potente grúa. En la guerra urbana, el tanque pesado no es operacional, hay que librarse de los autoametralladoras, pero se les deben colocar tablones con clavos, para frenarlos en seco, reducir su movilidad a cero y asegurar la defensa de calles.

En las esquinas de las calles, había ametralladoras colocadas en línea oblicna, para evitar su destruccion simultánea, en caso de bombardeo de mortero o de artillería; no estando ellas en la misma línea horizontal, ni muy juntas, pueden mantener el fuego y cru-

zarlo sobre el punto de entrada del enemigo, en una bocacalle. Cada ametralladora contaba con un tirador, un proveedor y un auxiliar. Los "marines", tenían que poner mucha carne de cañón para avanzar por las calles. Y si se iban por los patios recibían fuego desde las ventanas, los tejados y de todas partes (o se encontraban minas, cartuchos, o clavos con cianuro, con la punta afilada para traspasarles los zapatos).

El alcantarillado de la Ciudad Nueva se constituía en una red de protección antiaérea contra cualquier bombardeo pesado del enemigo; permitía desplazarse por debajo de la tierra, aparecer en el lugar indicado, conociendo bien el plano de las calles que siguen las alcantarillas. Una ciudad resiste mucho fuego, no hay manera de destruirla plenamente. Durante el sitio del Alcázar de Toledo, en España, en 1936, al caer sus muros, pero al resistir la infraestructura subterránea, el escombro protegía a las habitaciones subterráneas del fuego de artillería. Una ciudad bien estudiada, táctica y estratégicamente, es algo que no ha hecho todavía ningún Estado Mayor; la guerra urbana es la más desconocida de todas, para la cual están peor preparados los ejércitos regulares, incluso aunque sean tan fuertes en fuego y medios de destrucción como los "marines", cosa que se ha demostrado en Santo Domingo, durante un largo sitio, en que el sitiador no pudo decidir la guerra por la victoria de las armas. Por otra parte, las acciones bélicas en una ciudad trascienden a la prensa mundial, mientras que las operaciones rurales pueden ser silenciadas por los cuarteles generales, si les perjudican las noticias.

Desde el punto de vista táctico es importante, en la guerra urbana, que las luces estén apagadas en todo el sector de guerra. Las patrullas nocturnas, en Santo Domingo, constaban de 3 milicianos y 1 jefe. Las órdenes se les daban de palabra a los jefes y a todos los milicianos, para sustituir al jefe en caso de que éste no cumpliera con la misión. En las unidades nocturnas es conveniente que lleven, todos los milicianos, traje y camisa negros; zapatos de goma; la cara pintada de negro; y ser muy ágiles para desplazarse y escurrirse. Para que los guerrilleros de la noche cumplan bien sus objetivos, todas las luces deben ser apagadas o rotas sus lámparas, en caso contrario.

Para identificar a las personas, en un sector de guerra, se da una consigna a la tarde y otra a la media noche; las personas que no sepan contestar con una respuesta adecuada son sospechosas; todo el mundo debe llevar pases, firmados por el cuartel general y el jefe del sector. Estas medidas evitan mucho el espionaje, para ahorrar sorpresas y vidas.

Aspectos logísticos

El pueblo dominicano se equipó de armamento como el pueblo español en 1936, asaltando los cuarteles. La Fortaleza Osama, con 1.500 hombres armados y 50 puestos de frente, fue asaltada con 3 ametralladoras y una masa humana que estaba dispuesta a rendirle. Los defensores cedieron y el pueblo pudo tomar un copioso material con el que se iba a escribir la epopeya de la

defensa de Ciudad Nueva. Los morteros y la artillería de la Fortaleza Ozama fueron mal explotados por el pueblo insurreccionado; les podían haber sacado más partido contra los "marines".

Las municiones había que economizarlas. Se ordenaba tirar por ráfagas de 3 tiros y sólo sobre blancos bien precisados. Del sector de la FIP, llegaban municiones, granadas y armas; unas las robaban los niños de Ciudad Nueva; otras venían de contrabando; algunos oficiales de la FIP (latinoamericanos) informaban a las tropas caamañistas de posiciones del ejército dominicano contrarrevolucionario.

Los grupos de choque de milicianos se agrupaban en unidades menores de 100: unos 75. Para alimentarse, cada casa estaba obligada a dar rancho a 40 hombres combatientes. Por supuesto, recibía los abastecimientos del ejército revolucionario; pero ello permitía más flexibilidad, no haciendo comidas en la calle, o en lugares militares, ubicables por la artillería enemiga. La familia, donde se hacía el rancho, estaba obligada a comer con los milicianos, para evitar cualquier intento de envenenamiento, particularmente en casas muy burguesas. Pues dar rancho y hacerlo para los milicianos era misión rotatoria de la población.

La Ciudad Nueva, en su largo asedio, nunca careció de abastecimientos. En principio, tenía los grandes depósitos del puerto y otros almacenes. En segundo lugar, como los milicianos se mezclaban con la población civil, y ésta era abastecida por organismos norteamericanos (donaciones de mutualidades y sociedades religiosas estadounidenses) resultaba que los gue-

rrilleros de Ciudad Nueva recibían su sustento del propio enemigo, en gran parte. Pues si los yanquis aislaban totalmente a la población de Ciudad Nueva, hubiera sido un crimen contra la humanidad. No podían, por consiguiente, ni bombardear en masa, ni llevar a cabo un bloqueo económico total contra la Ciudad Nueva. Eso no hubiera sido posible para una guerrilla rural, aislada en una montaña. He ahí por qué la guerra urbana tiene matices, recursos y materias primas que no pueden ser posibles para la guerra en campo abierto, en montaña.

Incluso pasaba gasolina, del sector norteamericano a Ciudad Nueva. Y con ese combustible se hacían botellas inflamables para tirar contra los tanques, para castigar al asaltante enemigo, desde los segundos pisos de las casas, en momentos de guerra de calles.

En caso de guerra en una gran ciudad, debe establecerse inmediatamente el racionamiento de la población, a fin de durar lo más posible, tanto si se establece o no un cerco contra ella. En los primeros momentos de una guerra revolucionaria, la población ha de ser movilizada, o los éxitos tácticos contra cuarteles no se convertirán en victoria estratégica, ya que si la población no viene a tomar las armas es absurdo tomar los cuarteles y fortalezas, La nueva estrategia es convencer a la población; la vieja estrategia se proponía vencerla. Entre convencer y vencer, es preferible lo primero y no lo último.

Si la guerra urbana comenzase por el asalto exitoso a un cuartel y se tomaran muchas armas, el pueblo debe venir a armarse como milicia popular. Es nece-

sario contar con más tropa que armas. Una parte de la población movilizada ha de ser empleada para hacer fosos antitanques, colocar tablones anti-autoblindado, horadar muros de casas (para darle movilidad táctica al sector) y hacer de servicio de información y enlace con la primera zona liberada de la ciudad. Una parte de la población armada, si se quiere terminar con la liberación total de una ciudad, tiene que ser empleada en vigilancia de rutas que entren en ella. De esta manera los refuerzos contrarrevolucionarios no llegarán para ayudar a los cuarteles o puntos de resistencia que queden sitiados. Se debe mantener, en el peor de los casos, una parte de la ciudad en contacto con el resto del país. No hay que dejarse atrapar en un cerco, por el frente y la retaguardia. Al contrario, si la ciudad triunfa rápidamente en su liberación revolucionaria, es de suma importancia estratégica que vuelque su masa armada en la dirección más importante para la liberación total del país, para su seguridad económica y estratégica. No hay que hacer como en Santo Domingo o en la Comuna de París (1871), en que el pueblo insurreccionado permanece en la ciudad, sin salir a la batalla en campo abierto, para extender así la Revolución en forma de mancha de aceite. No se deben dejar las fuerzas populares armadas en situación estática; hay que imprimirles una dinámica ofensiva, revolucionaria, que vaya liberando zonas del país sin dar tregua al enemigo, sin permitirle organizarse.

Lo más importante, en la guerra revolucionaria, es dar unidad estratégica a la guerra en el campo y en las ciudades por medio de una política de alianza

obrera y campesina. Sin ese nexo político entre el campo y la ciudad, la guerra campesina será parcial, insuficiente; se perderá. Sin la asistencia de las guerrillas rurales, la situación estratégica, como en el caso de Santo Domingo, será tan pobre que habrá que "negociar" la paz, con el desarme de la población. La clave de la guerra revolucionaria es coordinar la guerra en ciudades y campos, con epicentro básico en el campo (si la población rural es más del 50 % de la población) o en la ciudad (si la población urbana es más del 50 %).

Enseñanzas de Santo Domingo

Para un revolucionario el objetivo inmediato es la Revolución, pero si la preparación es insuficiente en el revolucionario, la Revolución triunfará inicialmente, caso de España (1936) o de Santo Domingo (1965); pero la Revolución se perderá finalmente, por falta de una estrategia, un orden económico nuevo, una dialéctica coherente y una visión racional de conjunto de la propia situación revolucionaria y de superar sus factores contrarrestantes adversos. En definitiva, una Revolución puede presentarse, histórica y políticamente, bien madura, en cualquier país; pero si los cuadros de dirección revolucionaria no están preparados para conducirla, se triunfará al principio y se perderá al final. En estrategia, lo más importante no es ganar las primeras batallas, sino ganar la última: la que decide finalmente una sociedad, una civilización o un régi-

men de producción.

Formar cuadros revolucionarios (factor subjetivo) es estar preparados eficientemente para transformar una crisis económica, una guerra o una crisis política (factor objetivo), en Revolución Social. La historia contemporánea, en esta época de desintegración del capitalismo, presenta numerosas ocasiones revolucionarias, objetivamente, pero no hay revolucionarios preparados, subjetivamente. Por tanto, la tarea inmediata de los cuadros, grupos y partidos revolucionarios es contar con un método estratégico, un programa revolucionario (que comprenda el "partido del descontento", que es el partido más grande), una cantidad de líderes revolucionarios y luego no dejar escapar la ocasión histórica para hacer la Revolución, o bien a ir haciéndola posible, lentamente, mediante el empleo de la estrategia gradual de la guerra revolucionaria. No hay que esperar la ocasión revolucionaria: hay que crearla a partir de la acción de una minoría revolucionaria, que actúe con una clandestinidad coherente, produciendo, a cada momento, pequeños actos de propaganda armada, sobre todo, en países bajo dictaduras pretorianas.

No hay que ponerse nervioso ni apresurarse demasiado, hay que prepararse en una estrategia capaz de vencer a los generales y los gendarmes, que mantienen el viejo "statu quo" de clases. Mientras la fuerza armada de la burguesía, de las oligarquías y del imperialismo, no sea vencida, no hay posibilidad de Revolución Social para el pueblo trabajador.

Los dirigentes dominicanos se apresuraron a hacer la Revolución en junio de 1939, contra Trujillo, perdien-

do casi 300 hombres, en una batalla de frente; en diciembre de 1963, lanzaron unos 100 guerrilleros contra el gobierno títere del imperialismo del dólar (pero sin apoyo de población, enlaces y abastecimientos fueron, en parte, liquidados), en abril de 1965, cuando la Revolución llamaba a las puertas de Santo Domingo, no en los montes sino en la ciudad; entonces si que hubieran sido decisivos los hombres perdidos el 14 de junio de 1959 y en diciembre de 1963. La Revolución, cuando hay condiciones objetivas (una profunda crisis de sistema) siempre llega; pero si los revolucionarios no están preparados para conducirla se pierde, desgraciadamente.

La Batalla de Santo Domingo enseña que el imperialismo y sus "títeres" del frente interno no son invencibles. Ahora bien, si a la acción de ciudad (guerra urbana) hubiera ido unido un frente guerrillero por todo el campo dominicano, la Revolución habría triunfado o, por lo menos, la guerra continuaría indefinidamente como en el Vietnam. Ello habría contagiado el espíritu revolucionario a toda América Latina, que quizá tendría que haberse lanzado a una vasta guerra de guerrillas contra el imperialismo yanqui y sus sirvientes "internos" de las oligarquías terratenientes. Si la epopeya de Santo Domingo hubiese durado, como la de Vietnam, es de suponer que los países latinoamericanos (sus masas populares) estaban obligadas a entrar en lucha contra los yanquis, cada cual en su esfera de influencia nacional. Pero, en definitiva, ello se habría polarizado en una gran guerra latinoamericana contra el imperialismo norteamericano. Esta antino-

mia tiene que resolverse, tarde o temprano, por la guerra revolucionaria. Tal pudiera ser –como pensaba Hegel– el futuro inmediato de las dos Américas. "América –dice– es, pues, el país del porvenir donde, en los tiempos futuros, se manifestará el antagonismo de la America del Norte y de la América del Sur, lo cual constituirá la gravedad de la historia universal"(*).

Esa "gravedad" pudiera ser el final del capitalismo, de la sociedad burguesa, dado que una derrota de Norteamérica en Latinoamérica supone dialécticamente el triunfo del proletariado norteamericano, en el frente interno, contra su burguesía. Si el Hemisferio Occidental se hiciese no capitalista, habría llegado, históricamente, el final de la sociedad burguesa. El eje de la historia se desplaza hacia América, donde la "gravedad" histórica puede abarcar un período de gran guerra revolucionaria, entre las dos Américas. Resuelta esa contradicción, favorablemente para las masas populares, el mundo pasaría a ser predominantemente socialista. Por consiguiente, la gran batalla no está por darse entre la URSS y los EE.UU., sino más bien entre EE.UU. y América Latina. En esta gran guerra revolucionaria, China estaría, indudablemente, en el flanco asiático de los EE. UU. Si Rusia permaneciera en la línea entreguista de la "coexistencia con el imperialismo", desempeñaría, sin lugar a dudas, un papel histórico contrarrevolucionario.

A las masas populares latinoamericanas, a los revolucionarios esclarecidos y estrategas en guerras revo-

(*) Hegel, "Filosofía de la Historia" (Introducción).

lucionarias, les toca cerrar el capítulo de la historia de la burguesía en el mundo. He ahí una gran tarea.

La gran misión histórica de los revolucionarios latinoamericanos es redimir a la humanidad del capitalismo, bajo su forma más cruel, el imperialismo de los grandes monopolios internacionales. La gran batalla entre las dos Américas no debe comenzar, necesariamente, por grandes combates como los de Santo Domingo (1965), sino por una estrategia más sutil.

Hay que emplear pequeñas unidades muy móviles, que siempre ataquen de fuerte a débil.

Hay que conservar, en todo momento, la libertad de acción, sin aferrarse al terreno y hacer la guerra, no solamente en una zona de un país (caso de Santo Domingo), sino en todo un país.

Hay que procurar una gran movilidad unida a una potencia grande de fuego en base a armas ofensivas de poco peso y gran capacidad de destrucción.

Hay que demostrar, con pequeñas acciones, que la policía y el ejército adversarios no son capaces de mantener el orden, particularmente en dictaduras pretorianas, para ganar la estima de la población.

Hay que demostrar que el ejército regular no puede triunfar ni terminar la guerra, para que no especule con la paz.

Hay que demostrar que el Poder clandestino es más fuerte que el Poder de los generales y del imperialismo que los pudiera apoyar.

Hay que negociar la paz en las condiciones queridas por el ejército revolucionario y, para ello, una vez comenzada una guerra revolucionaria se la lleva hasta

su final victorioso.

Hay que mantener siempre la iniciativa en las operaciones, para conseguir llevar al enemigo al lugar dado, en el tiempo deseado.

Hay que ceder al enemigo el espacio, pero sólo a condición de ganar la población, volviendo sobre él cuantas veces quiera el ejército de liberación.

Hay que operar donde se tenga autonomía logística (las ciudades dan más recursos que el monte), ya que tienen muchos abastecimientos y materias primas. Las reservas de los almacenes de Ciudad Nueva parecían no agotarse nunca, cosa que no sucede en un monte.

En síntesis, para merecer la victoria, el proletariado y las clases populares deben conocer perfectamente la estrategia de la guerra revolucionaria. La violencia está en el contenido de la lucha de clases. La desalienación, el fin de la explotación del hombre por el hombre, pasa por la acción revolucionaria. Lo humano y lo inhumano, polos de la dialéctica de la alienación, han de ser resueltos por medio de la acción revolucionaria de las masas populares. Mientras dure la lucha de clases, la historia no es propicia a la felicidad humana; es alienación; y la desalienación pasa por laRevolución Social; rehuirla ahora, en plena crisis capitalista, es una traición a la Humanidad y a su total liberación. Ha llegado la hora de que una minoría revolucionaria ponga las masas en movimiento haciéndoles superar su alienación por el miedo.

INDICE

se acabó de imprimir
en octubre de 1966, en
artes gráficas signo
defensa 1696/700, montevideo




NATIONAL LIBRARY OF AUSTRALIA
CANBERRA



abraham guillen

ESTRATEGIA DE LA GUERRILLA URBANA